BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LOS ULTIMOS DIAS DE LA TIERRA

a. thorkent

CIENCIA FICCION



Los últimos días de la Tierra

A. Thorkent

Colección: La Conquista del Espacio, 277
ISBN: 9788402025258

CAPÍTULO PRIMERO

MURIEL miró a través de la tronera buscando la posición del Sol. Quería saber cuánto tiempo le quedaba de guardia. Calculó que aún tardaría el relevo en llegar como treinta minutos.

Resopló.

Hacía calor. Aquella guardia se le había antojado más larga que ninguna. Estaba impaciente por abandonarla, ir a su cuarto, lavarse, descender un rato y acudir a la cita que tenía concertada con Sara desde el día anterior.

Dejó el rifle apoyado contra la pared y anduvo unos pasos por la pequeña habitación para desentumecer los músculos. Luego regresó hasta el boquete largo y estrecho del grueso muro de hormigón y procuró distraerse mirando al exterior.

Se sonrió pensando qué podía él esperar mirando allí. Siempre vería lo mismo, la misma tierra blanca e hiriente bajo la cegadora luz solar del mediodía.

Echado sobre el muro áspero y sin pintar se quedó largo rato en posición estática. Sintió sed y bajó su mano derecha hacia la cantimplora que pendía de su cinturón. Bebió un largo trago, haciendo un gesto de desagrado. El agua se había calentado y estaba amarga.

¿Cuánto quedaría aún para poder abandonar aquel lugar insoportable? Afortunadamente él no volvería a tener otra guardia hasta la semana siguiente. Los ataques hacía tiempo que habían disminuido y los jefes estimaban que no era preciso utilizar tantos hombres para la vigilancia. Sin embargo, algunos insistían que no debían confiarse. Cualquier día podían reproducirse los ataques.

Muriel frunció el ceño. ¿Cuándo fue la última vez que los extres atacaron? Tenía que hacer más de tres meses, se respondió. El ataque no fue muy intenso. Apenas duró un par de horas. Los vigilantes dieron muy a tiempo la señal de alerta y la defensa estuvo dispuesta en menos de cinco minutos. En el arrasado llano quedaron docenas de cadáveres que al día siguiente fueron rociados con gasolina y quemados. Los vientos de días sucesivos se encargaron de hacer desaparecer el rastro de los cuerpos achicharrados.

Desde entonces los extres no volvieron a hacer acto de presencia. ¿Qué había pasado con ellos? Sabían que seguían viviendo en numerosa comunidad no muy lejos de allí, pero ninguno se acerca a menos de un kilómetro de los puntos más distanciados de observación.

La casamata desde la que Mat Muriel vigilaba era la más destacada de todas las existentes en el lado sur, donde el terreno era más llano y, por lo tanto, más fácil de vigilar. Sólo algunas pequeñas rocas y rastrojos rompían la desoladora monotonía.

Sacó de una cajita de metal un corto cigarrillo. Era el último. No se podía fumar durante la guardia, pero Muriel estaba loco por hacerlo. Aún quedaba tiempo para que llegase el relevo. Sería Charlye quien le sacaría de aquel agujero. Un buen amigo suyo. Si le sorprendía fumando no tenía que temer de él una delación.

Mientras fumaba se preguntó si era cierto el rumor que corría que antes de dos días el administrador iba a repartir una nueva remesa de cigarrillos. Se decía que de la última expedición se habían traído muchas cosas, entre ellas unas cajas de cigarrillos, que después de ser tratados estaban aún aptos para el consumo. Incluso algunos cuchicheaban que se lograron varias botellas de coñac; pero nadie confiaba en ver ninguna. Con toda seguridad irían a parar a los jefes.

Mat se encogió de hombros. Tal vez algún día él consiguiese llegar a ser jefe. Entonces tendría privilegios y muchas cosas útiles bien guardadas en su dormitorio.

Miró con pena la reducida colilla que sus dedos sostenían. Intentó una última chupada y la arrojó por la mirilla. Al hacerlo, su mirada paseó por el exterior y agarró el rifle con nerviosismo. Había creído ver algo que se movía entre las rocas de la derecha. Entornó los ojos y procuró ver mejor. El Sol hacía brillar las rocas y le molestaba mirar hacia aquella dirección.

Entonces una figura volvió a salir de detrás de las rocas., Caminaba despacio y recelosa. Estaba a menos de cien metros de la casamata.

Muriel se mordió los labios. Había estado distraído demasiado tiempo. En realidad, debió descubrir al merodeador mucho antes. Sacó el cañón del rifle por la mirilla, quitó el seguro y acarició el gatillo. La figura seguía avanzando lentamente. Muriel sabía que no podía fallar a aquella distancia. Tampoco hubiera errado el disparo a doscientos metros, gracias a la mira telescópica. Pensó que sus jefes podían extrañarse cuando descubriesen el cadáver a tan poca distancia, adivinando que él se había distraído.

Sería castigado severamente.

Muriel sudó. No podía matar al intruso del primer disparo. Explicaría que había fallado el primero y entonces el extre corrió hacia él, y tuvo que matarlo de un segundo tiro.

Apuntó con cuidado. Entonces pensó que sería una tontería fallar adrede el primer tiro. El intruso podía escapársele. Le mataría primero y luego haría un segundo disparo, pasados unos segundos. Sonrió. Estaba satisfecho porque su mentira sería creída.

A través del teleobjetivo vio por primera vez a lo que él había pensado que se trataba de un extre. Sufrió un sobresalto.

Era un ser humano quien se dirigía hacia la casamata, caminando con recelo, como si temiese algo.

La casamata estaba bien camuflada y aquel desconocido parecía no haberla descubierto aún. Se detuvo mirando sin saber qué hacer.

Mat dejó de apuntar. Se hallaba vivamente sorprendido. No se trataba de ningún miembro de su comunidad. Vestía pantalones y camisas grises. Llevaba una pequeña mochila a la espalda y un gorro de visera de color azul. Y sólo estaba armado con una pistola que pendía de su cinturón de piel. Las gafas negras medio ocultaban sus facciones.

Recordó que las órdenes eran terminantes. Tenía que disparar contra todo ser vivo que se acercase. No existía distinción entre humanos y extres. También había enemigos entre los humanos. Y a veces eran peores que los extres. Pero aquel tipo no parecía ser un miembro de los grupos que habitaban en los valles y que esporádicamente se adentraban en los llanos. Daba la sensación de estar civilizado.

Mat pulsó la alarma y volvió a dirigir el punto de mira de su rifle contra el pecho del desconocido.

* * *

Cuando acudió el retén, el desconocido estaba a cinco metros de la casamata, sentado sobre el caliente suelo, mirando hacia la mirilla desde la cual Mat le seguía apuntando.

Era Cronwell quien llegó al mando del pelotón. Miró también hacia el desconocido y luego a Mat interrogadoramente.

—¿Quién es? —preguntó ásperamente.

—Dice llamarse Arno y viene de muy lejos. Solicita hablar con los jefes.

—Tenías que disparar y luego preguntar, ¿no?

—No podía hacerlo, Cronwell.

—¿Por qué? Eres el centinela…

—Llegó pacíficamente. Me ha estado diciendo que los extres le han estado persiguiendo. Y no parece pertenecer a los grupos de humanos enemigos.

—De todas formas, has cometido un grave error por el que serás castigado.

El desconocido parecía haberse dado cuenta que habían llegado más hombres a la casamata y se había incorporado, gritando:

—¿Es que me van a tener bajo este terrible sol mucho tiempo? ¿Cuándo me van a dejar entrar de una condenada vez?

Mat miró alarmado cómo Cronwell tomaba su pistola y la acercaba a la mirilla. Por un momento temió por la vida del desconocido que dijo llamarse Amo.

—Dice que trae informes importantes para los jefes —se apresuró a decir.

Cronwell bajó la pistola lentamente.

—¡Qué clase de informes? —preguntó.

—Ya le pregunté y dice que sólo a los jefes puede dárselos. Puede ser algo realmente interesante.

Cronwell entornó los ojos. Su enfado parecía haber disminuido, pero no desaparecido.

—Será mejor para ti que así sea, Mat. De todas formas serás relevado ahora mismo, irás a tu dormitorio y no saldrás de allí hasta nueva orden.

Mat tragó saliva y no se atrevió a decir nada.

Cronwell acercó su rostro a la mirilla y dijo a Arno: —Camine hacia el norte, hasta llegar a la próxima casamata. Luego doble a la derecha. Encontrará una puerta. Allí le estarán esperando. Le aconsejo que no haga ninguna tontería y entregue el arma tan pronto se la pidan.

Amo asintió. Estaba ahora muy cerca de la mirilla y saludó sonriente a Mat, diciendo antes de ponerse en marcha:

—De acuerdo. Gracias, joven. He escuchado cómo me defendía. Espero volver a verle.

En el interior de la casamata todos quedaron en silencio hasta que el desconocido desapareció de su vista. Cronwell dijo a uno de los hombres que corriese por el túnel y avisase a los centinelas de las siguientes casamatas para que no disparasen contra aquel hombre.

—Yo estaré esperándole en la puerta —añadió. Miró a Mat—. Vamos, alguien se quedará aquí hasta que tu relevo llegue. ¿Es Charlye?

—Sí —asintió Mat, recogiendo su rifle y siguiendo al grupo que salía.

Entraron por el estrecho túnel que unía el sistema de casamatas de vigilancia. Mat caminaba a cierta distancia de los demás, pensativo. El tal Arno parecía una persona agradable. Se alegraba de no haber disparado contra él. Lo único que le desagradaba era tenerse que pasar recluido en su dormitorio. Iba a perder su cita con Sara. Si al menos pudiese enviarle un mensaje… Pero aquello iba a resultar difícil. Seguro que ella estaría un buen rato esperándole. Se enfadaría, incluso.

Sara era una buena chica, muy solicitada, como era natural. Pero Mat presentía que ella le prefería a él. En menos de un mes iba a recibir el permiso de sus superiores para poder casarse, y antes que llegase el día quería saber con certeza si Sara estaba dispuesta a ser su compañera, al menos durante un tiempo de prueba prudencial. Sara nunca había tenido relaciones con algún hombre, al menos protocolariamente. Sí, era una buena chica, sana y alegre. Además, bastante inteligente. Mat sabía

que iba a finalizar sus estudios con magníficas notas, al igual que él. Se conocieron e intimaron durante las clases de astronáutica, la ciencia que tenía pocos adeptos en la comunidad, porque eran escasos los miembros que tenían fe en ésta.

El profesor Dexter, que estaba a cargo de las clases, un viejo astronauta, que incluso llegó a la Luna en la última expedición, era el autor de que los jefes no hubiesen eliminado aquella asignatura. Dexter era tozudo e insistía que siempre debía haber varias personas con suficientes conocimientos sobre el arte de saber conducir una nave a los planetas. Además, iba más lejos que las remotas posibilidades reales. También quería que sus alumnos adquiriesen conocimientos sobre los vuelos estelares, algo de lo que él sabía mucho, pero que nunca pudo saber por experiencia por la sencilla razón que después de su viaje a la Luna, no volvió a despegar ninguna nave de la Tierra.

Entonces ocurrió La Llegada.

Y después de La Llegada, nadie pudo pensar en viajar a la Luna.

Sumido en sus pensamientos, habían llegado al final del pasillo. El grupo al mando de Cronwell siguió por otro lado y Mat tuvo que entrar en el vestíbulo. Allí dejó el rifle, saludó con un gesto al encargado del armero y tomó la dirección de su dormitorio.

La soledad de la pequeña habitación le abrumó. Se echó sobre la cama y cerró los ojos. Quería pensar en Sara, pero era Amo quien acudía a su mente. ¿Por qué pensaba en aquel tipo? ¿Qué le importaba a él? Saltó de la cama cuando escuchó rumor de pasos por el corredor. Abrió la puerta y llamó a la muchacha que había pasado por delante de su cuarto.

Era Irene, quien al escucharle, se volvió.

—¿Qué pasa, Mat?

Irene era una buena amiga de Sara. Dormían en la misma habitación.

—Quiero que le digas a Sara que no podré verla hoy —dijo Mal.

—¿Qué sucede?

—Estoy arrestado. No puedo salir de mi dormitorio —y le explicó el motivo de su castigo.

—Acabo de escuchar algo de eso —dijo la muchacha—. Creo que al recién llegado le han llevado a presencia del Consejo de Jefes. Casi nadie ha podido verle la cara. ¿Cómo es?

—Tendrá unos cuarenta años —Mat no sabía cómo describirlo—. Es alto, muy bronceado… No sé. Vulgar, me parece.

—Me gustaría conocerle —sonrió Irene—. Está bien, Mat. Le diré a Sara que te olvide hoy. ¿O acaso te van a dejar mucho tiempo aquí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo dependerá del informe que Cronwell dé de mí… y también, supongo, de lo interesante que resulte a los jefes la llegada de

Arno.

—¿Arno?

—Se llama así.

Por el corredor apareció un hombre mayor, casi un anciano. Parecía llevar prisa. Mat le reconoció enseguida, a pesar de la escasa luz.

—Profesor Dexter —llamó con respeto. El viejo se detuvo.

—Hola, Mat. Discúlpame, pero llevo mucha prisa.

—¿Qué sucede, señor?

—Me han llamado urgentemente los jefes, hijo.

—¿Es a causa del recién llegado? —inquirió Irene.

—Creo que sí. Lo siento, os veré más tarde.

Y se alejó apresuradamente por el pasillo, dejando a los jóvenes confundidos.

—No me lo explico —dijo Mat ceñudo—. Los jefes nunca han consultado nada al profesor. ¿Por qué ahora?

Irene se despidió y Mat entró en su dormitorio, sentándose frente a la mesa. Cogió un libro y empezó a hojearlo.

Mat lo había leído muchas veces. Era muy viejo, una edición de cerca de cuarenta años antes. Su autor, un tal Werner van Braun, trataba de explicar su pasión por los viajes espaciales. Aquel libro se lo regaló Dexter. En la primera página había una dedicatoria del autor.

—Algún día el hombre volverá al espacio, Mat —le decía a menudo Dexter.

Y parecía estar completamente convencido de ello.

Entonces, el viejo explicaba una vez más cómo fue su viaje a la Luna. Fueron cerca de cuarenta hombres en diez vehículos espaciales con la misión de iniciar los trabajos para la instalación de la primera base permanente en el satélite.

De súbito, recibieron órdenes de la Tierra de regresar.

Algo terrible estaba sucediendo. El mundo parecía haberse vuelto loco.

Se produjo La Llegada, y el mundo casi murió.

Capítulo II

DESPUÉS de esperar un buen rato, a Dexter le fue permitida la entrada en la sala donde estaban reunidos los jefes.

El consejo estaba formado por cuatro hombres, los fundadores de la comunidad. Clemens, Lecloch, Damians y Arnáu. El último era el superior en el mando del grupo, y era quien presidía la mesa rodeada por sus compañeros cuando Dexter penetró. A un lado estaba Cronwell, con su mirada siempre desconfiada y acariciando la pistola que pendía de su cinturón.

Un hombre que no conocía estaba sentado delante de la mesa. Era de mediana edad, vestía un mono muy sucio y parecía cansado, aunque satisfecho, indudablemente, de encontrarse a salvo.

—Hola, profesor —dijo Arnáu—. Quiero presentarle a Arno Charles. Arno, el profesor Dexter.

Amo saludó con un movimiento de cabeza, emitiendo al mismo tiempo una corta sonrisa.

Clemens dijo a Dexter que se sentase junto al recién llegado.

—Amo nos estaba contando una interesante historia, profesor —dijo Arnáu—. Hemos creído conveniente que usted la escuche también.

E indicó a Amo que prosiguiese.

—¿Tengo que volver a comenzar desde el principio? —preguntó Arno, evidenciando cierta molestia.

Arnáu dijo que sí con la cabeza.

—El profesor Dexter se lo agradecerá.

Dexter miró a Arno. Seguramente, pensó, aquel hombre estaría deseando poder tumbarse en una cama y dormir por muchas horas. Se fijó en sus botas, casi destrozadas. Sobre la mesa estaba el arma del recién llegado y otras de sus pertenencias. ¿De dónde venía?

—Está bien —resopló Amo—. Ya he dicho mi nombre. Procedo de un grupo que vive en un viejo fuerte situado en una meseta a trescientas millas de aquí. Junto con seis compañeros partimos hace dos semanas en un vehículo blindado, dispuestos a cruzar el desierto y llegar hasta la costa oeste. Queríamos ponemos en contacto con un grupo del que no teníamos noticias.

—¿Cómo tenían noticias de ese grupo? —preguntó Damians, sin mirar a Arno, mientras jugueteaba con un lápiz.

—Ese grupo se autollamaba Punto Cero. Al parecer mantenía

contacto por radio con otro, que luego supe que se trataba de éste —explicó Arno—. ¿No dije ya esto?

—Quería hacer una comparación. Gracias. Puede seguir —sonrió Damians.

—Podíamos escuchar las conversaciones, pero no decirles que existíamos —prosiguió Arno—. Carecemos de transmisor, aunque hemos intentado por mucho tiempo hacemos de uno. En cierta ocasión localizamos una gran cantidad de material intacto en una ciudad, pero los extras asaltaron el camión y todos murieron. ¿Me olvidé decirles que nuestra zona es una de las más peligrosas del continente?

—Sí, lo dijo. Eso, al menos, es una presunción —sonrió Damians—. Ojalá supiéramos lo que pasa en el resto del mundo.

Arno mascculló y, mirando a Dexter, dijo:

—Nuestro grupo no es muy numeroso y carecemos de científicos. Los que teníamos fueron muriendo. Comprendimos que el grupo de Punto Cero sí los tenía. Calculando aproximadamente su posición, decidimos ponernos en marcha unos pocos. Aún teníamos un vehículo blindado, confiando con él poder cruzar la zona más peligrosa. Lo logramos y pudimos alcanzar Punto Cero, en donde fuimos aceptablemente recibidos.

—¿Qué interés tenían en llegar a Punto Cero? —preguntó Dexter.

—Teníamos una oferta que hacerles —repuso Arno—.

Los líderes de Punto Cero aceptaron y diez de sus miembros se unieron a nosotros para regresar al fuerte.

—¿Cuándo partieron de Punto Cero? —interrumpió Dexter.

—¿Es importante eso? —inquirió Arno.

—Me parece que sí.

—Hace ocho días. ¿Por qué le interesa la fecha?

—No sé, pero es curioso que desde hace ocho días no tenemos ninguna comunicación con Punto Cero. Solemos establecer contacto diariamente con ellos para intercambiamos informes sobre los extres y las bandas humanas.

—No puedo explicarle nada al respecto. ¿Puedo continuar? Bien, emprendimos el regreso a mi base. Todo transcurrió perfectamente hasta hace cinco días. Pese a que elegimos un camino seguro, alejándonos de las ciudades, fuimos sorprendidos por los extres. Nunca vi un número semejante. Nos atacaron en masa. Yo conducía el coche y aceleré. Por un momento temí que los mismos cuerpos que aplastaba detuvieran el vehículo. Perdí el sentido de la dirección. Por todas partes surgían extres. Mis compañeros y los agregados de Punto Cero disparaban sin cesar por las mirillas. Tuve que decirles que cesaran el fuego, porque a aquel ritmo podíamos quedamos sin municiones en unos minutos. Confié en la fortaleza y velocidad del vehículo. Frente a mí tenía un

terreno abrupto, por el que hubiera podido correr de no estar tan nervioso; pero temí equivocarme de camino y tomar uno sin salida, por lo que opté por el desierto. En el llano estaríamos más seguros.

»Así fue. Hice correr el coche al máximo y minutos después dejábamos atrás a los extres. Debíamos pasar allí la noche y luego, con el amanecer, buscar otra vez la ruta elegida de antemano.

»Teníamos los nervios destrozados. Ni nosotros ni tampoco los de Punto Cero habíamos visto nunca tantos extres. Dormimos muy mal aquella noche y al salir el sol nos volvimos a poner en marcha. Dando un gran rodeo intenté regresar, pero volvimos a descubrir en la lejanía otro ejército de extres. Parecían estar esperándonos.

»Ni mis compañeros ni yo conocíamos la posición de esta comunidad. Los de Punto Cero nunca quisieron dárnosla, pero ante el cariz que estaba tomando la situación, se asustaron y nos la indicaron en un mapa. Querían venir aquí y refugiarse por algunos días, hasta que los extres nos olvidasen. Dijeron que estaba cerca y que luego podíamos seguir el viaje hasta el fuerte.

»No me pareció mala idea. Además, tenía curiosidad por conocerles a ustedes. Quería saber el motivo por el cual los de Punto Cero se negaron siempre a decirnos dónde estaba el otro grupo con el cual sostenían diálogos por radio —entonces Amo sonrió—. Claro que era fácil de adivinar si lo pensaba detenidamente. Los líderes y científicos de Punto Cero que nos acompañaron desconfiaban. Temían que ustedes ocuparan su lugar.

Dexter entornó los ojos. No lo comprendía del todo, pero la seriedad de los jefes le aconsejó que no dijese nada por el momento. Sus comentarios y preguntas debería reservarlos.

—Nos dirigimos hacia aquí —suspiró Arno—. En realidad, sólo suponía un ligero desvío en nuestra ruta. Y yo, la verdad, tenía bastante miedo.

»Un buen descanso nos vendría bien a todos. Pero al día siguiente tuvimos el desengaño: Volvimos a ver a extres vigilando nuestra marcha. ¿Sabían que cada vez están más hambrientos? Creo que incluso comienzan a devorarse los unos a los otros. Ya no se conforman con la carne humana. Me pregunto en qué terminarán esos diablos…

—No se aparte del relato, por favor —le advirtió Lecloch.

—Oh, lo siento. El caso era que no podíamos volver atrás. A nuestras espaldas dejábamos cientos de extres siguiendo nuestro rastro. Al llegar la noche incluso dormimos como pudimos dentro del vehículo. Fuera estaban los extres vigilándonos. Al amanecer emprendimos la marcha con más miedo que nunca. Me dijeron que estábamos a un día de ustedes y por un momento pensé que íbamos a tener suerte. Dejamos de verlos cuando entramos en una zona escarpada, con restos de bosques.

Era un mal sitio, lo reconozco, pero tuvimos que parar para dejar que el motor se enfriase y repostar el tanque de combustible. Eso lo teníamos que hacer desde el exterior. Yo me quedé dentro haciendo unas comprobaciones. Entonces se produjo el ataque.

»Los extres no parecen ser tan estúpidos como creíamos. O al menos, están desarrollando cierta inteligencia, como si paulatinamente se estuviesen adaptando a este ambiente, a combatirnos con más astucia. Esos condenados eligieron bien el sitio para atacar. De cada roca, de cada árbol, surgió un demonio. Algunos hombres, los más destacados en la vigilancia, cayeron fulminados. Los demás se replegaron e intentaron defenderse al tiempo que querían entrar en el vehículo.

»Uno de mis compañeros tuvo la feliz idea de vaciar un bidón de gasolina alrededor del coche y prenderle fuego. Eso les dio tiempo a los que quedaban con vida de poder entrar en el vehículo. Apenas lo hizo el último cuando arranqué y crucé el círculo en llamas, aplastando a cuantos extres se pusieron en mi camino. Me dirigí hacia una especie de desfiladero, sin saber si tenía salida o no. A mitad del camino la vi y respiré aliviado; pero fue por poco tiempo. Desde las alturas comenzaron a arrojamos piedras que sonaban como martillazos contra nuestro blindaje.

»Entonces una de gran tamaño se estrelló contra el parabrisas y éste se rompió, imposibilitando mi visión. No sé cuántos minutos conduje a ciegas, hasta que uno de mis compañeros golpeó el estrellado cristal con su rifle, haciendo saltar los miles de trozos.

»Apenas tuve tiempo de pisar el freno. El coche se dirigía como una flecha hacia una roca. El golpe fue escaso, pero el mal ya estaba hecho. El vehículo estaba inservible. Todos palidecimos. Sabíamos que salir era caminar hacia una muerte segura. Y los extres no tardarían en llegar hasta nosotros.

»En total quedábamos ocho hombres, incluyéndome a mí. Alguien dijo que uno de nosotros debía intentar pedir ayuda a los hombres de la comunidad a la que nos dirigíamos. Uno de los líderes de Punto Cero se ofreció y mis compañeros me obligaron entonces a acompañarle. Dos tenían más posibilidad de llegar que uno solo. Los demás se quedarían en el blindado. Allí al menos tenían una posibilidad de resistir. Los extres solo podían llegar desde la entrada del desfiladero. Se podía defender muy bien la salida, por donde nosotros iríamos en busca de ayuda.

»Nos despedimos y el hombre de Punto Cero, llamado Braummer, me siguió. Conocía el camino y confiaba en poder llegar aquí en poco más de ocho horas… si no teníamos ningún tropiezo.

»Cuando nos alejamos lo bastante del desfiladero, nos detuvimos para mirar porque escuchamos disparos. Los extres estaban atacando y los nuestros se defendían con desahogo al parecer. Apresuramos el paso.

El terreno no era malo y, como no estábamos muy cansados, teníamos la esperanza de ir aprisa.

»Aún podíamos ver las rocas del desfiladero al atardecer, porque habíamos estado ascendiendo lentamente. Entonces, en la oscuridad de la noche vimos un resplandor. Y a partir de entonces ya no oímos ningún disparo.

»Braummer y yo nos miramos, comprendiendo. Los extres habían logrado incendiar el depósito de gasolina del vehículo. Nuestros desdichados compañeros ya no precisaban de ayuda alguna.

»Aquella noche Braummer y yo discutimos la situación. Era imposible volver a Punto Cero. Sólo podíamos seguir hasta aquí. Yo le pregunté acerca de ustedes y él, finalmente, tuvo que sincerarse conmigo. Me dijo que aquí encontraría expertos tan buenos como los de Punto Cero o mejores. Conocía al profesor Dexter, un viejo astronauta que pudo ir a la Luna y que incluso estuvo a punto de viajar en la primera expedición estelar.

Dexter se movió en su asiento, un poco incómodo. ¿Debía interpretar como alabanzas las palabras de Arno? No dijo nada.

—Braummer estaba desolado porque él no sabía nada.

Quienes tenían nociones de navegación por el espacio habían muerto. Me rogó que dijese al venir aquí que él debía regresar conmigo a mi base. Casi lloró. Yo le comprendí y no tuve más remedio que prometérselo.

»Al alba, después de una noche sin dormir apenas, estábamos agotados al reemprender la marcha. No había traza alguna de los extres. Horas después Braummer parecía estar más alegre, diciéndome que esta comunidad estaba en la meseta situada frente a nosotros. Me explicó el sistema de casamatas de vigilancia que tienen ustedes y cómo debía acercarme a ellas si quería evitar que me disparasen al tomarme por un humano enemigo.

—Hablé varias veces con Braummer —dijo Dexter—. ¿Qué ha sido de él?

Amo Charles movió la cabeza.

—Cuando el extre saltó ya estaba desgarrando la garganta de Braummer. No pude hacer nada sino matar a su asesino. Por fortuna era un solitario. No había ninguno más.

»Ya no hay más, señores. Pude llegar a salvo hasta aquí. Eso es todo.

Se produjo un largo silencio, que Dexter rompió.

—Muy interesante. Pero aún no me explico el silencio que existe en Punto Cero desde hace ocho días. ¿Acaso los líderes que partieron en su vehículo blindado ordenaron que suspendieran la comunicación con nosotros?.

Arno abrió la boca para responder, pero Arnáu replicó por él:

—Eso no nos interesa ahora. Dexter. Aún tenemos que escuchar la oferta que nos quiere hacer Arno Charles.

—Es verdad. ¿Es acaso la misma que hizo salir a los líderes de Punto Cero de su guarida y morir a manos de los extres? Debe ser muy sugestiva. ¿Pero qué tengo que ver yo con ella?

Armo miró fijamente a los ojos de Dexter cuando dijo:

—Tenemos una nave espacial.

Y luego, después de unos segundos, añadió:

—Y necesitamos técnicos capaces de manejarla. En el fuerte ninguno somos capaces.

* * *

Mat abrió los ojos cuando escuchó que llamaban a la puerta. Saltó de la cama y encendió la luz difusa de la lámpara adosada a la pared. Había cerrado por dentro y descorrió el cerrojo.

Sara entró apresuradamente, cerrando la puerta,

—Irene me lo contó. Lo siento.

Sacó de su blusa algo envuelto en plástico, explicando:

—Te traigo algo de comida. Todo está tan revuelto con la llegada de ese extraño que nadie se acordó en el comedor de traerte tu ración.

Mat sonrió. Cogió el paquete y lo dejó sobre la mesa.

Luego tomó a la muchacha por los hombros. La veía muy bonita y atractiva a la tenue luz amarilla.

Lentamente acercó los labios hasta el cuello de la muchacha y lo besó. Ella le contuvo. Pero no parecía estar del todo contrariada.

—Debes comer. No has debido probar bocado desde antes de entrar en la guardia.

Mat se sentó en la única silla e indicó a Sara que ella lo hiciera sobre la cama. Entonces sacó la comida y empezó a mordisquear el bocadillo. Al comer comprendió que tenía hambre.

—Hoy he perdido la clase —dijo.

—No ha habido clase alguna.

—¿No? ¿Por qué?

—Llamaron a Dexter al consejo de jefes.

—Sí, le vi cuando hablaba con Irene. Pero no es posible que esté todavía allí.

—Pues allí está desde hace un montón de horas. Nadie sabe lo que pasa dentro. Todo el mundo está dando vueltas alrededor de la entrada de la sala con la esperanza de enterarse de algo.

Mat había terminado de comer. No era mucha comida, pero se sentía mejor.

—Así nos dejarán tranquilos —dijo sentándose al lado de Sara e inclinándose sobre ella.

—¿Tranquilos? —repitió ella.

—Siempre deseé tenerte conmigo, a solas. El mundo puede saltar en cualquier momento.

Ella estaba recibiendo los primeros besos que llenaban su cara. Cerrando los ojos, dijo:

—Sí, es verdad. El mundo puede saltar en pedazos. Pero que lo haga mañana, no ahora.

Capítulo III

HABÍAN pedido bebidas y comida. Luego bebieron café, y Clemens sacó una escondida botella de whisky.

—La reservaba para un momento especial. Y creo que éste lo es — explicó llenando los vasos. Incluso ofreció uno a Cronwell.

Dexter seguía manteniendo su mirada incrédula.

—¿Aún no me cree, profesor? —preguntó burlón Arno saboreando el whisky y el placer de la sorpresa que habían producido sus palabras en el anciano.

—No existe ninguna nave espacial —estalló Dexter. Los jefes se miraron divertidos entre sí. Al parecer antes de la llegada de Dexter había tenido tiempo Arno de adelantarles algo que indudablemente les convenció de forma total.

—Claro que sí existe. Al menos una. Y la tenemos nosotros.

—¡Ja! Y encima quiere hacerme creer que se trata de un aparato capaz de volar a las estrellas —la ironía de Dexter se trocó en vivo resentimiento. Debía pensar que se estaban burlando de él—. Sólo se construyó una y ésta partió a las estrellas semanas antes que mi cohete despegase para la Luna. Es cierto que existían los planos de otra que debía hacer escala en la base lunar que nosotros comenzamos a construir, pero que nunca se comenzó siquiera. La colaboración mundial para los vuelos estelares se suspendió allí, con la maldita aparición de los extres.

—Exactamente, profesor —asintió Arno.

—¿Qué puede saber usted? Entonces apenas era un crío. Además, su base está cerca de la costa oeste, mientras que la base mundial de lanzamientos seguía en Florida, en la Base Kennedy, en el viejo Cabo Cañaveral. ¿Acaso se la trajeron desde allí?

—No quiera divertirse conmigo, profesor. Le repito que poseemos una nave espacial, o estelar incluso. No lo sé cierto, pero me inclino a pensar como todos mis compañeros que puede viajar a las estrellas. Y está en perfecto estado.

—Si carecen de conocimientos, ¿cómo puede estar seguro que se trata de un ingenio estelar y no de ninguna otra cosa parecida a una nave? Tal vez sea un proyectil intercontinental. Quedaron muchos de ellos desperdigados por el país, incluso por el mundo entero.

—¿Acaso no sabemos todos que los extres llegaron del espacio estelar, procedentes de algún lugar desconocido? La definición extres es

una contracción de la palabra extra terrestres. Es obvio que debieron utilizar algún medio de transporte, ¿no?

Dexter enarcó las cejas.

—¿Qué insinúa?

Arno asintió.

—Lo que está adivinando, profesor. La nave que tenemos es una de las que trajeron a los extres.

El profesor movió la cabeza.

—Siempre existió la teoría que los extres llegaron en naves. Eran unos estúpidos los que sostenían que fueron teletransportados. Pero el caso es que nadie vio ninguna.

—Nosotros descubrimos el lugar donde había una nave extre, no muy lejos de nuestro fuerte. Fue hace unos meses, por pura casualidad. Buscábamos un viejo almacén del ejército donde presumíamos que podíamos encontrar mucha comida y armas. Está en una zona casi inaccesible. Gracias a un error en la ruta la pudimos encontrar. Nuestros planos estaban equivocados, pero fue una suerte al final.

—¿Una auténtica nave extre?

—Sí.

El profesor parecía estar sumido en un mar de agotadores pensamientos.

—Dios mío, si la hubiéramos hallado a tiempo tal vez habríamos podido detener el desastre. En esa nave puede estar el misterio que rodea a los extres, a su llegada, a su salvaje comportamiento. A todo.

—Es posible —admitió Arno—. Pero ya no hay tiempo para eso. Ahora sólo puede servimos para ponemos a salvo.

—¿A salvo?

—Esa es precisamente la oferta que Arno nos hace, profesor —dijo Arnáu—. Ellos tienen el medio y nosotros los conocimientos. Existe cierto número de plazas que nos ofrecen a cambio de nuestra ayuda.

—¿Cuál es el objetivo? —murmuró Dexter—. No podemos pensar en ir a ningún otro planeta de este sistema… Ninguno es apto para la vida humana, para desarrollar una nueva civilización.

—Nuestra intención es ir a Alfa Centauro, la estrella más cercana —dijo Arno—. Sabemos que allí existe un planeta similar a la Tierra.

—Ese fue el destino de la primera expedición…

—Aquel viaje iniciado hace cerca de cuarenta años fue una locura. Casi una generación para llegar. Apenas hará una década que aterrizaron… si tuvieron éxito.

—Sí, es verdad. Nosotros no podíamos saber el resultado hasta dentro de veinte o más, cuando los hijos de los hombres y mujeres que marcharon pudiesen regresar. Para eso se estaba construyendo una segunda nave, casi tan rápida como la luz. Pero nunca llegó a montarse.

Sólo se hicieron los planos.

—La nave que guardamos puede llevamos allí en sólo unas semanas profesor —aseguró Arno.

—¿Cómo puede afirmar eso?

—Aunque no somos técnicos tampoco somos unos ignorantes. Hemos tenido tiempo de estudiarla. A pesar de estar construida por una ciencia muy diferente a la nuestra sabemos interpretar sus mandos.

—Espero que no la hayan dañado…

—Nos hemos cuidado muy bien de no hacerlo. No se preocupe. Está intacta.

—No me lo explico. Si está intacta, ¿cómo es que no regresó como las otras? Porque esas naves debieron regresar una vez que dejaron su infernal carga…

—Ignoramos lo que pudo pasar para que no despegara, señor. Pero debe creernos. La nave puede despegar tan pronto como alguien sepa hacerlo —dijo Arno.

—Ya está enterado de todo, profesor —dijo Arnáu—.

Ahora sólo de usted depende que podamos dar o no una respuesta al señor Charles.

—¿De mí? —preguntó sorprendido Dexter.

—Naturalmente —sonrió Damians—. Celebramos haberle hecho caso y permitir su clase de astronáutica. Contamos con un buen equipo. Aquellos locos de Punto Cero sólo eran unos aprendices a su lado. Díganos, ¿se encuentra capaz de la empresa?

Dexter bajó la mirada hasta las puntas de sus zapatos. Todos le miraban ansiosos. Alzó la cabeza y dijo queriendo dar seguridad a sus palabras:

—Creo que sí. Al menos lo intentaré. Mis alumnos se alegrarán ante la noticia. Verán que sus esfuerzos tendrán la debida compensación.

—¿Sus alumnos, profesor? —inquirió Arno—. ¿Qué quiere decir?

—¿Es preciso contar con ellos? —preguntó Damians molesto.

—Desde luego. Son cuatro estupendos chicos, muy inteligentes. Sin ellos no podría hacer nada. Pero, ¿a qué viene esto? ¿Es que no pueden ayudarme ahora, cuando verdaderamente se precisa su colaboración…? Yo…

—No se excite, profesor —intervino Arnáu—. Naturalmente que pensábamos que sus queridos alumnos iban a serle de gran ayuda. Ahora, si no le importa, vamos a discutir largo y tendido con el señor Charles. Tenemos muchos detalles que puntualizar. Usted, si lo desea, puede quedarse; pero esto será pesado. Deberá descansar.

—¿Qué tienen que discutir? —preguntó Dexter.

Arnáu sonrió condescendiente.

—¿No comprende que tenemos que organizar la expedición para ir a

la base llamada fuerte? Son muchos detalles. Y los extres parecen más revueltos que nunca. Ya supo lo que le pasó a los compañeros de Arno. Nosotros tenemos que asegurarnos una ruta de viaje tranquila y examinar cada punto flaco de la columna. ¿Entiende?

Dexter asintió y se levantó. Parecía cansado, aunque en sus ojillos brillaba una nueva y esperanzadora luz. Mientras se dirigía hacia la salida, Arnáu le dijo:

—Por el momento será mejor que no cuente nada a nadie. Sé que muchos le harán preguntas, pero no las conteste.

—¿Por qué? Sería una gran alegría para la comunidad…

—Prefiero dar la noticia yo mismo, si no le importa.

—Si lo desea así…

Cuando se hubo marchado, Arnáu explicó al recién llegado:

—Es un buen tipo, aunque algo excéntrico. Siente debilidad por el pequeño grupo que forma su clase. Los adora.

—¿Serán útiles? —preguntó Arno.

—Creo que sí —dijo ceñudo el jefe del consejo—.

¿Está seguro, señor Charles, que sólo ese reducido número de personas podrá viajar?

Arno asintió en silencio.

—Me hubiera gustado llevar a más gente —dijo Arnáu moviendo la cabeza.

—¿A los alumnos del profesor?

Arnáu soltó una maldición y Damians dijo: —Maldita sea; dejemos ahora al profesor. ¿Por qué no nos ocupamos de cosas más interesantes?

—Lecloch puede programarlo todo —apuntó Clemens.

Y explicó a Arno Charles—: Lecloch es quien se encarga de organizar las expediciones a las ciudades en busca de alimentos y demás cosas que necesitamos.

—Me gustaría comprobarlo todo —dijo Arno arrugando el ceño—. Me temo que la situación en el exterior está más difícil que nunca. Los extres aumentan en número y cada vez son más belicosos y osados. No quiero fallos esta vez.

—Ni nosotros tampoco —sonrió Arnáu.

—¿Disponen de medios eficaces para el transporte?

—Tenemos unos cincuenta camiones y ocho vehículos blindados. También diez tanques en buenas condiciones, suficiente gasolina y abundantes armas ligeras y municiones —dijo Lecloch.

—¿Y los hombres? —preguntó Arno.

—Podemos llevamos unos cien, diestros en las armas y que conocen la lucha contra los extres y las bandas humanas.

—Entonces sólo usaremos los blindados. Nos olvidaremos de los

tanques porque retrasarían la marcha. Creo que debemos acondicionar varios camiones, cubrirlos con planchas de acero para que transporten la comida y combustible. No olviden la comida. En nuestra base no disponemos de suficientes reservas. Pero, ¿es necesario llevar tantos hombres? Con unos cincuenta serían suficientes…

Arnáu sonrió ladinamente.

—No creo que para nosotros termine el peligro una vez que lleguemos a la base.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Arno poniéndose en guardia.

—Hablemos claro, Charles. Usted precisa al profesor y a sus ayudantes, no concretamente a nosotros. ¿No podemos pensar que una vez en sus dominios intenten jugárnosla?

—Es absurdo…

—No tanto. Por eso necesitamos llevar hombres armados. No sabemos cómo nos recibirán ni si ustedes son fuertes.

Arno suspiró.

—Será difícil llegar a un buen entendimiento si empezamos ya a desconfiar los unos de los otros.

—No está el mundo para confiar en el prójimo —rió Damians—. ¿Con cuántas plazas podemos contar en la nave?

Arno miró a los jefes uno a uno, lentamente. También sintió sobre sí los ojos expectantes de Cronwell, silencioso hasta entonces y del que únicamente se percibía su respiración entrecortada.

—Nos sobran diez.

—Somos cinco contando con Cronwell —dijo Damians—. Seis con el profesor, quien necesitará al menos un ayudante, me temo.

—Ese ayudante puede ser una de las chicas de su clase —indicó Damians haciendo un guiño—. Ya somos siete, Seis hombres y una mujer. Necesitamos cuatro plazas. En total, once.

—¿Por qué once? —preguntó Amo.

—El profesor es muy viejo ya, pero nosotros y Cronwell debemos pensar que el viaje será muy largo y luego, en el planeta de Alfa Centauro, necesitaremos compañeras. ¿Es que ustedes no se llevarán las suyas?

Arno bajó la mirada hasta posarla sobre sus manos extendidas en la mesa. Comenzó a sonreír, diciendo: —Nuestra base no dispone de ninguna mujer desde hace cinco años. Aún tengo que pedirles una cosa más.

—Creo adivinar lo que se trata.

—Es posible. Me gustaría que viniesen con nosotros quince muchachas… si es posible.

—Eso quiere decir que ustedes serán quince —masculló Clemens—. Estaremos en inferioridad.

—Una vez emprendido el viaje tendremos que olvidar los recelos —dijo Arno—. ¿Qué contestan?

—¿Por qué no? Ellas terminarán alegrándose de escapar de este condenado planeta —comentó Arnáu—. Pero no les diremos nada hasta que llegue el momento de la partida.

—Desde luego. Nadie, aparte de nosotros, deberá saber que el número de pasajeros es restringido. Incluso sólo deberán conocer el motivo de ir a mi base cuando estén en ella. Necesitamos muchos hombres para que nos defiendan de los extres durante el trayecto.

—Magnífico —dijo mordaz Lecloch—. Todo solucionado, al menos teóricamente. Ahora solo tenemos que esperar que, una vez en la base llamada fuerte, nos asegure el profesor que la nave puede volar.

—Cierto —asintió Arno—. Sólo nos queda ese pequeño detalle.

Todos rieron, incluso Cronwell. Se volvieron a llenar los vasos con whisky y Clemens preguntó a Arno: —Antes dijo que la última mujer de que disponían murió hace cinco años. ¿Cómo fue?

El rostro de Amo se ensombreció.

—No piensen que era vieja ni fea; todo lo contrario. Huía de los extres, que destrozaron su comunidad. Era muy bonita. La salvamos y curamos. Parecía estar muy contenta de hallarse en una comunidad que parecía fuerte, a salvo del terror de los extres. Fue terrible para ella enterarse que era la única mujer. —Arno suspiró quedamente. Aquellos recuerdos parecían serle muy desagradables—. Comprenderán que su situación era difícil. Tuvimos que dictar una serie de normas para que el fuerte no se convirtiese en un infierno. Los hombres resistieron bien, pero ella no pudo tolerado.

»Un día escapó. Casi era lógico. Ya empezamos a notar que no podía resistirlo más tiempo. Su mente comenzó a desvariar. Salimos en su busca y la hallamos.

»Fue horrible. La encontraron los extres y se estuvieron divirtiendo con ella hasta que se cansaron y la empalaron. Sólo pudimos enterrarla y matar a cuántos de esos demonios encontramos.

»Ocurrió hace cinco años.

Después de un tenso silencio, Lecloch dijo suavemente:

—Procuraremos que esté cómodo durante los días que tardaremos en preparar la salida, Charles.

Capítulo IV

MAT, Sara, Irene y Charlye escuchaban en profundo silencio al profesor Dexter.

Aquella tarde, dos días después de la llegada de Arno Charles, la clase había sido dedicada a un coloquio que terminó siendo un monólogo del profesor. Este les había dado la noticia, una vez que recibió el oportuno permiso para hacerlo de los jefes.

—Sólo a vosotros puedo contarlo, muchachos —dijo Dexter—. Por el momento nadie más debe saber el verdadero motivo de la expedición. Cuando estemos en el fuerte se les dirá.

—Lo que no comprendo es por qué se va a quedar aquí, más de la mitad de nuestros compañeros —dijo Mat.

Dexter sonrió.

—¿Olvidas que aún no he revisado la nave? ¿Quién garantiza que está en condiciones de navegación? No olvidemos que fue olvidada por los misteriosos extraterrestres. Quizá ocurrió porque se les averió. Además, ha estado durante muchos años abandonada. ¿Hasta qué grado el tiempo ha afectado sus aparatos? Incluso tampoco puedo asegurar sin verla que yo sea capaz de entender su sistema de vuelo o de repararla con vuestra ayuda si fuera necesario.

—Es cierto todo eso, profesor —admitió Mat—. ¿Es que quiere decir que después de esta expedición se organizará otra con los demás compañeros?

Dexter frunció el ceño.

—Me han asegurado que la nave es enorme, muy capaz de alojar a muchas personas, pero no sé a cuántas exactamente. Me temo que no todos podrán viajar. Arno dice que apenas un diez por ciento se tendrá que quedar en la Tierra.

—¿Es que piensan sortear las plazas? —preguntó Sara un poco pálida.

—No os preocupéis —sonrió Dexter—. Vosotros cuatro tenéis asegurada la plaza. No penséis más en eso. Además, ¿quién nos asegura que nosotros, los que viajemos, seremos los afortunados? Son cerca de cuatro años luz hasta Alfa Centauro. Podemos explotar a mitad del camino, estrellarnos al aterrizar o encontrarnos con una muerte segura en el planeta que confiamos sea de promisión.

—¿Por qué no la sorpresa de descubrir que la primera expedición ha formado ya una próspera colonia? —sonrió Irene.

—Ojalá fuera así —dijo Charlye—. De todas formas a mí no me gustaría quedarme en la Tierra, no. Estoy cansado de estar siempre encerrado bajo toneladas de cemento, de tener que salir a la superficie con el constante temor de que un extre salte sobre mí y me desgarre el cuello de una dentellada.

Dexter movió la cabeza.

—No debemos quejarnos, muchachos. Nosotros hemos tenido suerte. Vivimos en una vieja base militar y siempre nos hemos defendido bien. Los extres nunca han supuesto una amenaza seria para nuestra supervivencia. Sabemos que varios grupos que mantenían contacto con nosotros han ido cayendo bajo el asalto de los extres o terminando por desaparecer como comunidad organizada, bien por supresión de la autoridad o porque las mismas bandas humanas han intervenido.

Tampoco debemos olvidar que cada día es más difícil obtener comida, armas, ropas y otras cosas de las ciudades. Nosotros, por ejemplo, apenas producimos nada apreciable. Prácticamente lo tenemos que conseguir todo de las cercanas urbes abandonadas, con el consiguiente peligro que entrañan las expediciones. Hasta hace poco, además, los extres rehuían vivir en las ciudades y podíamos entrar en ellas con cierta tranquilidad. Pero últimamente esos demonios parecen sentir cierta debilidad por instalarse en ellas, lo que supone un saqueo total a los almacenes de víveres, la destrucción sistemática de stocks de ropas, medicinas, etc.

Quiero decir, por lo tanto, que la situación para los humanos supervivientes es cada vez más peligrosa. Nuestro futuro se ensombrece con el transcurrir de los días. Nadie ve una salida satisfactoria para un porvenir a corto plazo incluso. ¿Qué podemos hacer? Los extres están por todas partes, nadie puede aventurarse a labrar la tierra, cuidar la siembra y recoger la cosecha. No tenemos ninguna salida si no es marcharnos de la Tierra.

Las últimas palabras del profesor fueron acogidas por sus oyentes en silencio. Nadie se atrevió a hacer comentario alguno.

—Es posible que estos pensamientos también hayan germinado en vuestras mentes algunas veces. Yo siempre he pensado en esto —dijo Dexter—. Pero nunca exteriorice mis presagios. Nunca quise alarmar a nadie. Si lo digo ahora es porque tenemos un atisbo de esperanza. Tenemos que trabajar duro, muchachos, conseguir que esa nave nos sirva para escapar de este mundo que está dejando de ser habitable para el ser humano. Pronto saldremos para el fuerte de Arno Charles. Confiemos que nuestros esfuerzos no sean en vano, porque si fracasamos, si no somos capaces de poder elevar esa nave, ya sabéis lo que nos espera en este mundo.

* * *

Desde la llegada de Arno Charles la comunidad se enfrascó en una actividad total. Todo el mundo tenía trabajo de sobra que realizar. Se corría el rumor que algo grande se estaba preparando, aunque nadie sabía qué con certeza. De todas formas se presumía que la situación iba a cambiar favorablemente.

Los jefes se habían preocupado de hacer correr el rumor que gracias a la próxima colaboración entre los grupos que habitaban en el fuerte y ellos mismos se iba a llevar a cabo una operación sorprendente.

El optimismo corría a raudales y cada uno opinaba de una forma a la cual más fantástica mientras desarrollaba su trabajo con un ardor inusitado. Aquélla era la situación que el consejo de jefes deseaba y la dejaba prevalecer.

El profesor Dexter preparaba el material que quería llevar consigo. Eran infinidad de apuntes, de tratados y libros que durante muchos años se hubo acumulado en su gabinete privado, en el cual pocas personas de la comunidad, excepto sus alumnos, habían entrado.

Aquella tarde, después de la frugal cena cotidiana, estaba solo rebuscando en una alacena de papeles. Hacía años que no trasteaba en ella y ahora encontraba documentos, apuntes y ensayos que había olvidado totalmente. Muchos de ellos los ojeaba con cierto pesar porque sabía que no podía llevarlos consigo. Tenía que hacer una dura selección puesto que el peso que le habían asignado era limitado.

Encontró un montón de periódicos muy viejos. Estaban atados con una cuerda que tuvo que cortar con su navaja. Databan de los tiempos en que aún se vivía en las ciudades y la humanidad comenzaba a tener noticias sobre los que más tarde terminarían siendo denominados extres.

Todo comenzó a suceder de forma suave, tranquila incluso. Fue un año en el cual proliferaron los testigos que aseguraron haber visto platillos volantes y extrañas luces surcar el cielo. Aunque lo mantuvo en secreto, el ejército detectaba en sus sistemas de alerta señales desconocidas. Otras veces había ocurrido lo mismo y, después de cierto tiempo, todo volvía a la normalidad.

Pero aquella vez los acontecimientos empezaron a tomar un cariz nuevo.

En todas partes del mundo se descubrieron pequeñas criaturas.

En el mundo sólo hubo curiosidad al principio, interés luego y estupor al final.

Aquellas criaturas eran seres que de ninguna forma podían ser terrestres. Cada vez se veían más. Eran graciosas incluso. Se veían en los campos deambular sobre sus cortas patas peludas que sostenían un tronco largo y delgado coronado por una cabeza enorme cuyas facciones

recordaban las del mono aunque más finas y alejándose de las humanas para entroncar con las aves. Tenían dos brazos largos y con doble articulación a la altura del codo. Su altura no sobrepasaba los veinte o treinta centímetros.

Todo aquello influyó para que en poco tiempo se convirtieran en el muñeco preferido de pequeños y mayores. Sustituyó a gatos y perros en los hogares. A todo el mundo le encantaba la cara picaresca y graciosa de los misteriosos seres.

Los Gobiernos en cambio estaban recelosos porque los científicos sospechaban algo. Se llevaron a los laboratorios a cientos de seres para estudiarlos y pronto tuvieron que enfrentarse a las sociedades protectoras de animales que los acusaban de salvajismo. Se propagó en los medios de difusión que miles de indefensas criaturas eran descuartizadas para estudiarlas. Cierto que algunas fueron analizadas en mesas de operaciones y que de estos estudios se obtuvieron resultados nada reconfortantes.

Pronto se supo que aquellas criaturas contaban biológicamente con unos meses de vida. Eran como niños apenas destetados.

Mientras tanto seguían apareciendo más y más seres. Surgían por todas partes. En los campos eran un problema. Como vegetarianos destrozaban cosechas enteras y no tardó en que se produjeran las primeras muertes a manos de furibundos campesinos.

Surgieron gritos de protesta de todas partes. En la televisión aparecieron damas gimoteantes clamando por una justicia para los desdichados personajes al mismo tiempo que furibundas personas exigían que fuesen exterminadas.

Las preguntas que siempre se formularon muchas personas eran cada vez más insistentes. ¿Quiénes eran, de dónde procedían y qué consecuencias podían acarrear a largo plazo aquellos seres?

Nadie supo responder por el momento.

Pero más tarde, algún tiempo después, pasados unos años, las respuestas comenzaron a tomar cuerpo.

Los seres, a los que ya se comenzaban a llamar extres, dieron sus primeros síntomas alarmantes. Los que estaban en las ciudades, al cuidado de familias que los mimaban como si fueran perritos o monos graciosos, tardaron más tiempo; pero los que vivían salvajes en los campos, montes, selvas y sabanas, mostraron sus imprevistos instintos.

Algunas personas empezaron a aparecer muertas de forma misteriosa. Pronto se aclaró cuando una patrulla de caminos pudo salvar a una pareja de enamorados del ataque de una partida de extres ya casi adultos. La muchacha perdió casi la mano derecha y el joven parte de su cuero cabelludo y un ojo. Los policías apenas tuvieron tiempo de evitar que fueran degollados.

Aún persistieron en asegurar los defensores de los extres que sólo se trataba de un incidente aislado. También en los seres humanos existían salvajes.

Mientras aún los científicos andaban devanándose los sesos para desentrañar aquel misterio estalló de forma simultánea en todo el mundo el terror.

Existían más extres de los que nadie pudiera imaginar. Se reproducían vertiginosamente. Alcanzaban la pubertad en poco más de un año; las hembras parían hasta media docena.

Las naciones se reunieron con urgencia y decretaron la total exterminación de los extres. Se comenzó con los domésticos, que se sacrificaron en medio de la repulsa general. Aún existían personas que dudaban de la ferocidad de aquellos seres.

Es posible que todo se hubiese solucionado rápidamente con más o menos esfuerzo y la amenaza hubiera sido congelada. Pero mientras tanto los hombres seguían con sus querellas y guerras en diversas partes del mundo. Existía el peligro de conflagración mundial y ésta estalló cuando menos se esperaba. Los ejércitos se movilizaron para defender las fronteras olvidando que el mayor peligro se hallaba dentro representado por aquellas hordas de seres peludos y hambrientos, que habían olvidado su inicial costumbre vegetariana y ahora preferían el dulce sabor de la carne animal o humana.

Durante años nadie pudo explicar de forma detallada cómo se sucedieron los acontecimientos. Los Gobiernos estaban cegados por el peligro de sus vecinos, recelando a cada momento ver caer sobre sus cabezas los proyectiles atómicos. Habían relegado a un segundo término el problema de los extraterrestres.

Y aquello resultó fatal.

Solamente en las urbes podían estar seguras las personas. Ya se contabilizaban por miles las granjas y pequeños pueblos asaltados por los extres. No importaba que murieran veinte extres por cada humano degollado y comido después. Siempre surgían más extres de donde menos se imaginaba uno. Las autopistas eran lugares donde resultaba mortal quedarse sin gasolina en el auto. Quien quisiera salir de la ciudad fuertemente vigilada por las tropas debía hacerlo acompañado y bien armado.

África fue el primer continente en caer bajo el total dominio de los extres, amparados por el ambiente propicio para ellos. Luego los demás países de densa floresta y escasos medios defensivos.

América del Sur se convirtió en una mancha que se extendía ascendiendo por el estrecho hasta rebasar el Río Grande y terminar deteniéndose en las frías tierras del Norte. Pero los extres se aclimataban a todo y pronto no quedó un esquimal en la Tierra. Europa cayó porque

la enorme extensión de Siberia propició la reproducción extre. Se usaron incluso bombas atómicas para contenerlos en los Urales cuando ya eran un enemigo potencial en el centro del continente.

Unos años después la Tierra era lo que conocía Dexter ahora.

Los Gobiernos se derrumbaron y las tropas nada pudieron hacer para luchar contra aquel inusitado enemigo. Las comunicaciones quedaron cortadas y las urbes aisladas. Las que estaban defendidas adecuadamente resistieron algún tiempo, pero la mayoría fue dominada pronto por los extres. Las ciudades quedaron desiertas. Las gentes pensaron que debía existir algún sitio donde pudieran estar a salvo. Se dijo que los extres rehuían el agua y todo el mundo quiso refugiarse en los lagos, en las islas. Pero también allí había extres.

Disgregados los estados en ciudades primero y luego en comunidades combativas que luchaban por conservar la vida, terminó llegando el caos y apoderándose de la superficie terrestre.

Los extres tenían un hambre insaciable y cuando la comida se agotó en las ciudades las abandonaron y regresaron a los campos, a los bosques, a los desiertos incluso. Allí estaban los humanos proporcionadores de comida. Hacia ellos fueron con más denuedo que nunca.

Únicamente los grupos más organizados, los que tuvieron la suerte de hacerse fuertes en minas, en viejas fortalezas y lugares defendibles pudieron sobrevivir, sobre todo si contaban con suficientes armas y comida. Por fortuna los extres no podían abrir las cámaras frigoríficas ni apoderarse de las comidas enlatadas. Estos elementos proporcionaron a los desolados humanos grandes fuentes de alimentos.

Cuando la situación alcanzó su punto culminante y todo quedó establecido de forma estable, aunque con constantes pérdidas humanas entre el reducido número de supervivientes. Se inició lo que el profesor Dexter siempre había llamado para sí mismo como el principio del fin.

La comunidad a la que pertenecía procedía de un numeroso grupo que logró refugiarse en las antiguas instalaciones del ejército del aire. Se trataba de un gran número de niveles subterráneos bien dotados que otrora sirviera para alojamiento de un equipo de investigación estratégico. Las defensas eran magníficas y se podían preservar de los extres con escaso número de combatientes. Al principio se establecía contacto con muchos grupos aislados y se intercambiaban mensajes. Pero con el tiempo muchos de estos grupos empezaron a quedar silenciosos. La explicación era bien sencilla. Por algún motivo los extres habían podido sorprenderlos y exterminarlos.

También existían los grupos de humanos que merodeaban por las ciudades y las comunidades. Eran tan peligrosos como los extres y se habían adaptado al terreno de igual forma que ellos. Su salvajismo era extremo. El analfabetismo los dominaba y casi ninguno de sus

miembros, nacidos en el desorden, recordaba nada de la vieja historia de la Tierra. Luchaban contra los extres y los humanos organizados de igual forma e indistintamente.

Cierto es que la vida para estas bandas era muy difícil y se podía asegurar que cada vez quedaban menos porque los extres, pese a todo, se encargaban de irlas exterminando.

Hacía algunos años que Dexter y algunos hombres ancianos de la comunidad observaron que periódicamente los extres disminuían en número, Era el momento de salir más al exterior y rescatar cosas importantes de las ciudades. Pero luego, al cabo de un año o dos, el número volvía a incrementarse de igual forma o más. Eran ciclos inevitables, pero que últimamente tendían a hacerse mínimos.

Aquella recesión en el crecimiento de los extres permitía un respiro a los humanos, sobre todo a las bandas nómadas. Pero Dexter llevaba registrado en sus notas que en la última década aquel ciclo se hacía casi imperceptible. ¿Quería decir esto que la aclimatación de aquellos horrendos seres estaba concluyendo y que su verdadero dominio en la Tierra sólo estaba comenzando?

Si así era, pronto no quedaría ni una sola banda de humanos salvajes, ni una comunidad que guardase aún algún vestigio civilizado. El profesor extrajo un periódico en el cual una fotografía de un extre en cautiverio ocupaba toda la primera página. Lo miró con detenimiento. Al pie de la foto se explicaba que se trataba de un espécimen que fue criado por una familia que le facilitó todos los cuidados posibles. El extre creció en medio de un cariño inusitado, pero antes de dos años, durante una noche, acabó con todos los miembros de la familia. Su gesto dócil y amable se había trocado en una mueca de odio y ferocidad. En meses alcanzaban el metro y medio de estatura. Esto fue así durante los primeros tiempos. Ahora los extres tenían alrededor del metro ochenta. Y parecían seguir creciendo. Debían proceder de un mundo de mayor gravedad y en la Tierra las generaciones eran cada vez más altas.

Se descubrió que las manadas de extres que deambulaban por la superficie del planeta, cuando el hambre los acuciaba, practicaban el canibalismo entre ellos mismos. Eso solía suceder después del ciclo en que su número disminuía. No todos los extres se comportaban de igual forma. Los había verdaderamente feroces, como alimañas, que apenas capturaban un humano lo devoraban. En cambio se sabía que en algunas zonas los extres solían guardar a los seres humanos que cogían como si de ganado se tratase, mostrando una inteligencia un tanto superior a sus congéneres de otros lugares.

Hubo un tiempo en que Dexter se preocupó de acumular datos sobre aquellos seres. Incluso obtuvo algunos cadáveres para despedazarlos con el bisturí concienzudamente con la ayuda de los médicos de la comunidad. Poseía un largo historial de su metabolismo y costumbres

más usuales. Pero al cabo de ciertos años se cansó de aquel trabajo porque ni sus compañeros ni él encontraban algo positivo en sus agotadoras investigaciones.

En realidad deseaban hallar algún indicio que les permitiese desarrollar algún medio para combatirlos, descubrir un punto flaco y poder así acabar hasta con el último extre. Cuando aún existía el ejército se les combatió con toda clase de armas. Cierto que se consiguieron matar a miles de ellos, pero nunca exterminarlos. Se reproducían con mayor celeridad que eran destruidos o arribaban a la Tierra en masas ingentes en puntos que nunca se pudo descubrir.

Dexter regresó de la Luna cuando aún los ex tres eran los animalitos preferidos de los hogares. Vivió todo aquel caos y siempre le obsesionó el interrogante que le suponía querer averiguar qué hacían en la Tierra aquellos engendros y quiénes eran los seres que los habían dejado allí como si de una maldición bíblica se tratase. Porque el profesor y muchos hombres más como él teorizaban sobre la posibilidad que otra raza superior los hubiese llevado a la Tierra.

Pero ¿cuáles eran los motivos? Quizá nunca lograrían saberlo.

Cabía la remota posibilidad que en la nave que Arno afirmaba que los suyos poseían, se pudiese averiguar algo interesante respecto al origen de los extres.

El profesor volvió a guardar el montón de viejos diarios en la alacena. Estaba cansado y se sentó sobre una silla, pasándose la mano por la frente.

Si era cierto que la extraña nave pudiera aportar algún dato sobre aquel misterio pronto iba a saberlo.

Clemens le había dicho que la partida hacia el norte se haría pasados dos días.

Capítulo V

SE habían marchado.

Se despidieron de los que quedaron en la base diciendo que regresarían pronto por ellos, que todo iba a cambiar favorablemente.

Y la larga caravana de camiones y blindados se puso en marcha una soleada y calurosa mañana, entre la alegría de los que partían y el silencio de los que quedaron viéndolos partir por las troneras de observación.

Abrían la marcha dos blindados que avanzaban a una distancia de quinientos metros del grueso de los camiones, cerrándola otros dos vehículos más, cargados de hombres armados que vigilaban sin cesar el camino que dejaban atrás y el horizonte a ambos lados.

Desde el primer momento vieron extres, pero se trataban de grupos dispersos que se limitaron a seguirlos unos kilómetros hasta que se cansaron de correr. Los que se atrevieron a acercarse demasiado fueron abatidos ante el regocijo de los tiradores.

El avance de la caravana desde que salió de la base hasta que alcanzó la autopista, estuvo constelado de cadáveres de extres.

—Podemos utilizar esta autopista hasta unos cincuenta kilómetros —explicó Lecloch a Charles. Estos y los jefes viajaban en uno de los primeros camiones, un viejo autobús robustecido con planchas de metal en las ventanillas y algunas comodidades interiores.

—¿Por qué no seguimos unos kilómetros más? —preguntó Arno.

—Existen miles de vehículos que huyeron de las ciudades costeras. Esas ruinas oxidadas forman un denso tapón —dijo Arnáu—. Creo que los extres los sorprendieron cuando buscaban lugares más seguros y pocos fueron los que consiguieron escapar. Pero el camino es llano. Por supuesto que tendremos que dar cierto rodeo para evitar el terreno abrupto, que es el preferido por los extres para atacar. Si el itinerario se cumple fielmente podemos estar en el fuerte dentro de seis días.

La anchura de la autopista permitía a los vehículos avanzar velozmente a pesar de que constantemente tenían que desviarse a un lado u otro para evitar los montones de autos que se detuvieron allí hacía ocho décadas y ahora sólo eran montones de hierro mohoso.

—En el vehículo siguiente al que ocupaban los jefes y Arno Charles, viajaban el profesor y sus cuatro alumnos, además de tres hombres armados que constantemente miraban por las rendijas y limpiaban sus armas.

—Nunca había ido tan lejos de la base —dijo Sara. Ella, al igual que Irene, había nacido bajo tierra.

Pocas eran las mujeres que participaban en las incursiones a las abandonadas ciudades. Solamente las más valientes y expertas en luchas lo hacían, pero cuando se unían en contrato matrimonial y quedaban embarazadas se les eximía de tal trabajo, otorgándosele otro más tranquilo.

Mat contaba en su haber con varias incursiones, pero casi todas se habían dirigido hacia la costa, en donde abundaban las ciudades y pueblos y los extres no eran tan numerosos. Nunca había viajado hacia el norte. Aquella carretera le era desconocida y estaba sobrecogido por el número cada vez mayor de restos de vehículos calcinados al sol de muchos años.

Las horas fueron transcurriendo monótonas, casi aburridas. Y ningún componente de la caravana se disgustó por ello. Todos hubieran dado cuanto tenían por poder llegar al punto de destino sin contratiempo alguno.

Pero sabían que así no sucedería.

Se detuvieron una hora al atardecer para descansar mientras comían. Los depósitos de gasolina se llenaron y los jefes aprovecharon la detención para enviar exploradores.

Cuando los vehículos regresaron y los hombres informaron a los jefes, éstos ordenaron la reanudación de la marcha. Mat vio que el semblante de Clemens y Diana no era nada amigable. Al parecer los exploradores habían vuelto con malas noticias.

Una hora después los blindados de vanguardia enviaron las señales luminosas de peligro y la caravana se detuvo, mirando sus componentes con temeroso recelo el terreno que les rodeaba. Se hallaban en una zona despejada, sólo un pequeño bosque se avistaba en dirección a la costa, a la izquierda de la carretera.

Los dos vehículos blindados se abrieron. Las portillas de la parte superior dejaron asomar las ametralladoras y detrás de éstas a sus servidores.

Entonces aparecieron los hombres que motivaron aquella detención. Se trataba de un grupo formado por tres viejos camiones cargados de personas que blandían trapos blancos atados en las bocas de sus armas.

—Deténganse ahí —bramó Clemens por el megáfono portátil—. No avancen ni un metro e identifíquense.

Sentado a su lado, Charles dijo: —Son bandidos.

—Lo sabemos. Pero debemos ser prudentes. Parecen asustados, como si huyeran de algo terrible. Además, saben que somos más fuertes que ellos y no nos atacarán —dijo Arnáu.

De uno de los coches bajaron dos hombres. La bandera de paz la

trasladaron del rifle a un palo y dejaron atrás las armas al avanzar hacia la caravana.

Por los prismáticos los jefes estudiaron a la gente que quedaban en los camiones. Había muchas mujeres y algunos niños de varias edades. Y el miedo era lo predominante en sus rostros. No parecían tan salvajes como otras bandas, pero eran salteadores sin duda. Se les podía calificar así por sus indumentarias oscuras y los gorros de tela adornados con las cruces en forma de aspas que los vagabundos habían adoptado, sin que nadie pudiera encontrar una explicación plausible al uso de aquel signo.

—¿Eres el jefe? —preguntó Arnáu al hombre que iba delante del, que portaba el trapo blanco.

—Sí. Me llamo Arnold Efron. ¿Mandan ustedes esta caravana?

—Las preguntas las hacemos nosotros. ¿Qué queréis? Efron se humedeció sus resecos labios antes de responder:

—Necesitamos protección.

Arnáu se volvió para sonreír a sus compañeros de consejo.

—¿Desde cuándo las bandas piden protección a los humanos civilizados?

—Escuchen señores, nosotros no somos una banda de desalmados como otras que han podido conocer —dijo Efron. Señaló a sus camiones y agregó—. Llevamos nuestras familias con nosotros.

—¿Y esas aspas?

Las necesitamos para buscamos el respeto de los grupos que nos encontramos, señores. A los que llevan las aspas nunca los atacan. No niego que hemos atacado a humanos, pero siempre ha sido para defendemos cuando ellos abrieron fuego primero. Ahora apenas somos la mitad de hace unos años. Siempre hemos querido encontrar un lugar seguro donde quedarnos y abandonar la vida nómada que llevamos. Los extres cada vez son más numerosos y sabemos que tarde o temprano nos exterminarán.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros?

—Venimos de la costa, huyendo de la concentración más grande de extres que nunca hemos visto.

Arnáu cruzó una mirada de alarma con sus compañeros.

—¿Les siguen? —preguntó a Efron.

—Sí. Alcanzamos esta carretera, pero nuestros camiones están casi sin combustible. Tememos que antes de un par de horas nos alcanzarán. Sólo les pedimos que nos den algo de gasolina y nos permitan unimos a ustedes.

—No pueden venir adonde nosotros vamos —dijo secamente Arnáu.

Efron no acusó aquellas palabras. Casi las esperaba.

Era norma en aquellos tiempos que los grupos no podían confiar demasiado en otros, ni ser pródigos en sus dádivas de alimentos y

combustible.

—Al menos unos litros, los suficientes para alejarnos un poco de este maldito lugar —suplicó Efron sin mucha esperanza de obtener algo.

—Llevamos un camión muy potente al final de la caravana —dijo Clemens—. Podemos remolcarlos si no les importa tragar el polvo que levantemos. Pero nada de gasolina. Estamos escasos de ella. No recordamos la última vez que pudimos encontrar un depósito y abastecernos.

Arnold Efron sonrió ampliamente.

—Gracias. Creo que es suficiente. Unidos podremos defendernos mejor cuando los extres nos alcancen.

—Sí, es posible —admitió Clemens—. Me parece que los humanos hemos cometido el error de no mantenernos unidos.

Efron corrió hacia los camiones para comunicar la noticia.

Cuando éstos pasaron por delante para trasladarse al final de la caravana, los hombres, mujeres y niños que iban dentro de las cajas de los vehículos saludaron sonrientes a los jefes.

—¿Por qué has consentido que vengan con nosotros? —preguntó Charles un tanto molesto—. No puedo consentir que vengan hasta el fuerte.

—No llegarán tan lejos —respondió Clemens sonriente.

Los vagabundos sólo emplearon unos minutos en atar fuertes cuerdas al robusto camión que cerraba la marcha junto con los dos blindados. Clemens anduvo a pie hasta allí desde la cabeza para hablar en secreto con los conductores propios. Cuando regresó a su vehículo dijo que podían ponerse en marcha.

—¿Por qué está tan pensativo, profesor? —preguntó

Mat viendo la seriedad del rostro del anciano. —Me invaden malos presagios, muchacho.

—No entiendo…

—Cuando aparecieron esos nómadas estaba seguro que los jefes les negarían toda clase de ayuda. Los conozco bien.

—Pues le han equivocado —rió Sara. El profesor negó con la cabeza.

—No. En realidad me han confirmado la opinión que tengo de ellos.

Nadie se atrevió a preguntarle nada más. Cuando Dexter se ensimismaba en sus pensamientos era difícil establecer una conversación un poco larga con él.

Faltaban dos horas para que el sol se ocultase y todos pensaban que al menos aquel día iban a librarse de un ataque extre cuando empezaron a aparecer los primeros grupos.

Los extres tenían la condenada facultad de poder correr a gran velocidad con sus piernas largas y delgadas durante largo tiempo. Aquellos seres que aparecieron podían ser los que perseguían los

nómadas. La explicación para que pudieran haberlos alcanzado era sencilla. La carretera daba muchas vueltas en aquella región y los extres podían correr en línea recta.

Los conductores tenían instrucciones precisas para actuar en una situación como aquélla. Los vehículos acortaron las distancias que les separaban y aumentaron la velocidad.

Los extres no solamente surgían por la izquierda de la autopista, sino que grupos más numerosos estaban apareciendo por delante. Arnáu dijo que los camiones podían rebasarlos, pero unos kilómetros más adelante la autopista rodeaba un monte y aquello supondría una pérdida de tiempo. Se volverían a encontrar con los extres más adelante si éstos adivinaban que siguiendo hacia el norte cerrarían el paso a los humanos.

—Sigamos —dijo Clemens imperturbable.

Arnáu se encogió de hombros. Clemens había estudiado bien el plan de viaje y tenía que confiar en su inteligencia como estratega.

De los camiones y blindados comenzaron a disparar contra los extres más osados, intentando mantenerlos a raya. Los morteros lanzaban sus proyectiles sobre la retaguardia extre y las ráfagas de ametralladora tableteaban sin cesar.

Pero las filas enemigas aumentaban sin cesar, mientras seguían engrosando las filas atacantes más extres que parecían salir de las entrañas de la tierra, procedentes del mismo infierno.

Aquellos diablos peludos saltaban por encima de las ruinas de los viejos vehículos abandonados en la cuneta, blandiendo barras de hierro y palos, cadenas o piedras, lanzando estas últimas contra los camiones con inusitada potencia.

Mat y sus compañeros, así como los hombres que viajaban con ellos tuvieron que tomar las armas y aprestarse a la defensa. El interior del camión se hizo sofocante, apestando a pólvora mientras los casquillos caían al suelo.

—Esto se está poniendo feo, muchachos —dijo el profesor atisbando por una mirilla—. Nunca he visto tantos extres juntos. Va a ser difícil salir de aquí.

—No debimos tomar la carretera —masculló Mat metiendo un nuevo cargador en su rifle automático.

—Era el camino más corto —respondió Dexter—. Y los jefes parecían tener mucha prisa por llegar. Ahora vamos a ver si lo conseguimos.

La caravana avanzaba a unos sesenta kilómetros por hora. Dejaban atrás a miles de extres, pero seguían surgiendo más que persistían en sus ataques desde los flancos. Una vez la cabeza estuvo en dificultades, teniendo que aminorar la marcha los blindados de cabeza, pero pudieron seguir avanzando después de dejar tras de sí un montón de cadáveres.

—Esos diablos parecen tener un tremendo deseo de acabar hasta con el último humano del planeta —dijo Charlye.

—Me temo que lo lograrán más pronto o más tarde.

—Dios mío —musitó Sara después de mirar por encima de la cabina de los conductores—. La autopista está casi bloqueada. Vamos a perder mucho tiempo dando un rodeo a ese montón de chatarra que tenemos delante.

Efectivamente, delante del viejo asfalto había unas docenas de oxidados coches formando un gran montón. Los blindados de cabeza tuvieron que frenar para iniciar el obligado desvío. Los extres habían quedado bastante atrás y de no haber existido aquel obstáculo la caravana hubiera podido dejarlos a varios kilómetros en los siguientes minutos. Ahora, aquello, iba a permitir a las hordas que alcanzasen las unidades más retrasadas.

Aprovecharon aquel instante para recargar las armas.

Sabían que los siguientes momentos iban a ser cruciales. Ya estaban saliendo de la autopista dando un gran rodeo para intentar volver a ella tan pronto como la barrera quedase rebasada.

Al doblar de nuevo hacia la izquierda el vehículo donde viajaban el profesor y los muchachos, éstos pudieron observar la retaguardia de la caravana ocupada por los camiones de los nómadas. Entonces tuvieron que contener la respiración.

Los viejos camiones de los vagabundos estaban detenidos. Al parecer los cables de acero que los unían al potente vehículo que los arrastraba se había roto, quedando detenidos al borde de la autopista.

Y las hordas de extres corrían hacia ellos aullando y blandiendo rudimentarias armas.

—Los van a destrozar —dijo Irene muy pálida.

—Tenemos que hacer algo por ellos —gritó Mat—. ¿Por qué no nos detenemos para auxiliarles?

Había mirado al profesor y descubrió en el rostro del anciano una mueca de consternación, pero no le respondió nada.

Aún tuvieron tiempo de ver cómo los extres rodeaban los tres camiones cargados de nómadas, olvidándose de seguir las unidades que a toda velocidad se alejaban.

Los nómadas se defendían denodadamente, disparando sin cesar. Cuando consiguieron poner en marcha los motores para intentar huir, la masa de atacantes era tan grande que éstos, saltando sobre las cabinas, mataron a palos a los conductores.

Lo último que vio Mat fue que una marea peluda saltaba sobre la caja de uno de los camiones, ocultando con sus cuerpos a los humanos que había en ellas.

Al volver a la autopista no pudieron seguir observando aquel horror.

Mat dejóse caer en el suelo y dijo:

—Han tenido una muerte horrible. Esos pobres desdichados…

El profesor, con la mirada perdida en un rincón, dijo: —Hemos conseguido escapar. Ahora los extres tienen carnaza para unas horas, las suficientes para poder ponemos a salvo.

Capítulo VI

MAT no podía dormir. Después de dar algunas vueltas dentro de su saco decidió dar un paseo.

Procuró no hacer el menor ruido cuando pasó entre los cuerpos dormidos. Irene dormía profundamente al lado de Sara. Un poco más allá estaba el profesor. Se preguntó si el anciano, aunque tuviese los ojos cerrados, dormía. Apenas había comido y se retiró pronto del grupo que comentaba los incidentes del día.

La caravana habíase detenido en un buen sitio para pasar la noche, ya elegido de antemano por los jefes cuando trazaron el itinerario. Difícilmente los extres atacaban de noche, pero todas las precauciones nunca estaban de más.

Se habían distribuido los camiones en semicírculos alrededor de un monte cortado a pico, frente a un terreno llano. La autopista estaba a unos veinte kilómetros. Si los extres aparecían podían ser descubiertos muy a tiempo.

Los centinelas tenían gafas que les permitían ver en la oscuridad y patrullaban entre los camiones alertas y con las armas dispuestas.

Mat sintió deseos de encender un cigarrillo. Guardaba algunos en una cajita metálica, pero desechó la idea. Se había prohibido encender fuego y tenía que valerse de la escasa luz lunar de aquella noche.

Pasó entre algunos centinelas a los que saludó. Caminaba lentamente, procurando no hacer el menor ruido para no despertar a los que descansaban. Se detuvo cuando se percató que estaba junto al gran camión que aquella tarde arrastró a los tres vehículos de los nómadas.

Se movió alrededor de él hasta llegar a la parte trasera. Se agachó para ver mejor el trozo de cable de acero que había estado unido a uno de los camiones nómadas. Cogió el cabo y lo observó a la luz lunar, pero lo tocó con los dedos para asegurarse mejor que aquel cable no se había roto accidentalmente.

Estaba cortado. Unos alicates lo habían cercenado limpiamente.

Alguien lo hizo desde el potente camión.

* * *

—Al principio pensé que los jefes habían tenido un gesto de misericordia hacia aquellos desdichados —dijo Mat al profesor. Aún estaba alterado

por su descubrimiento de la noche anterior—. Pero ahora…

Sólo le escuchaban sus compañeros. Los otros hombres, con los cuales no tenían mucha confianza, estaban profundamente dormidos. Era casi mediodía y el sol pegaba fuerte sobre el techo metálico del camión.

—Yo lo sospeché ayer sin necesidad de mirar el cable —masculló Dexter entornando los ojos.

—¿Por qué?

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo sorprendido el profesor—. Creí que ya habías vivido lo suficiente en este condenado mundo, muchacho, para que hubieras aprendido las cosas más desagradables de él. Desde hace años nuestro planeta se ha convertido en un mísero cubil en el cual los seres humanos, cada vez menos, no solamente tienen que luchar contra los extres, cada vez más numerosos y agresivos, sino contra sus propios congéneres.

—¿Acaso quiere decir que…?

—No, no me entiendas mal. ¿Cómo puedo estar de acuerdo con el gesto de los jefes? Pero considero que obraron según la ley no escrita que impera: usar la vida de los demás para salvar la propia. Es algo que se está haciendo desde hace cuarenta años. Pero aún no me he acostumbrado y todavía siento deseos de vomitar.

Dexter terminó por cerrar los ojos, cruzar los brazos y reclinarse contra la pared del camión. Mat y los demás se retiraron. El profesor no quería seguir hablando de aquel asunto desagradable.

Los cuatro jóvenes se acercaron hasta el final del camión dedicándose a observar el exterior. El camión que les seguía avanzaba a una distancia de ellos que oscilaba entre los diez y veinte metros. Detrás de él estaba el resto de la caravana.

—Estoy deseando llegar —dijo Charlie—. Este desierto me agota. Y bebió un largo trago de agua de su cantimplora.

—Mañana por la mañana estaremos en el fuerte —musitó Irene—. ¿Cómo será esa nave?

—Lo que deseo saber de una vez es si el profesor será capaz de entenderla —dijo Mat—. Y luego si aún dispone de combustible para elevarse.

Charlye sonrió con ironía.

—Te olvidas si puede llegar hasta las estrellas, hasta esa presunta colonia que algunos confían encontrar en Centauro.

Sara se movía inquieta junto a Mat, atrayendo la atención de éste, quien por fin le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Es que… No hemos vuelto a ver un extre desde ayer.

—¿No es bueno eso? —inquirió Irene burlona. Mat se encogió de

hombros.

—Respecto a los extres no sabemos si es peor verlos constantemente o no descubrir uno en muchas horas o días.

Sacó la cabeza por fuera de la cabina, observando hacia el frente durante un rato.

—Nos acercamos a un terreno muy abrupto —dijo volviéndose a sentar en el suelo de madera—. Muy propicio para una emboscada:

—Los extres que nos atacaron no pueden habernos alcanzado en las horas que hemos estado detenidos para descansar —gruñó Charlye.

—A pesar de todo conocemos muy poco de los extres —dijo Mat—. Es sorprendente lo poco que sabemos de ellos, los escasos datos que tenemos de sus costumbres después de tenerlo como una pesadilla constante en nuestra vida cotidiana. Pueden haberse comunicado con sus compañeros, decirles que nuestra caravana lleva este camino.

—Los extres no hablan. Los sonidos que emiten son gruñidos y aullidos sin significado —dijo Charlye.

—Alguien dijo una vez que eran telepáticos.

—Vaya una broma. Lo que nos faltaba.

Después de las secas palabras de Charlye no volvieron a hablar. El calor era sofocante y no podían abusar de sus cantimploras. El agua estaba racionada, aunque varios camiones transportaban miles de litros. Dos horas después se detuvieron para dar un pequeño descanso a los motores. Tres camiones estaban fallando y los mecánicos estuvieron trabajando en sus motores un buen rato. Al final sólo pudieron reparar dos de ellos. El tercer camión tuvo que ser abandonado y sus ocupantes se repartieron entre las demás unidades de retaguardia.

Antes de partir Mat y Charlye estuvieron observando las montañas que se elevaban a su derecha. El primero opinó que estaba deseando rebasarlas, dejarlas atrás.

—No me gustan nada —concluyó—. Detrás de ellas existen varias ciudades y eso significa que pueden haber miles de extres. Últimamente suelen tener cierta predilección por habitar en nuestras moradas en ruinas. Parecen haber descubierto que en ellas aún pueden encontrar alimentos en condiciones, además de protección contra la lluvia, el frío o el calor.

—Ya veo que eres partidario de los que dicen que los extres terminarán desarrollando una civilización en la Tierra —rió Charlye—. Pero eso no sucederá ni hoy ni dentro de un siglo. Es posible que se desarrollen mentalmente, pero necesitarán milenios para conseguirlo.

—No olvides que proceden de algún mundo desconocido. Si son capaces de alcanzar la pubertad en menos tiempo que los humanos, de convertirse en adultos en dos o tres años, ¿por qué han de observar nuestros ciclos?

—Eres imposible a veces —dijo Charlye—. Volvamos al camión. Vamos a seguir la marcha.

Los blindados de vanguardia, como si sus ocupantes tuviesen el mismo temor que Mat, procuraron pasar junto a los montes lo más lejos de ellos. Pero el terreno existente a la izquierda no les permitía poner una mayor distancia.

El ataque de los extres sobrevino de sorpresa. A diferencia del surgido el día antes, cuando supieron que estaban allí se inició el asalto al mismo tiempo.

Los extres parecían estar aguardando el paso de la caravana, escondidos entre las rocas y arbustos. Comenzaron a saltar sobre los camiones desde corta distancia, golpeando con sus porras la carrocería y aullando como posesos.

Pero lo peor de todo era que el camino estaba cortado por cientos de grandes piedras que demostraban por su posición que no estaban allí por casualidad.

Los blindados hicieron funcionar sus frenos y se detuvieron entre chirridos. La barrera estaba al otro lado de un pequeño recodo y su presencia fue una sorpresa desagradable.

El camión en que viajaban los jefes tenía espacio para maniobrar y giró para agruparse con el resto de las unidades. Fue justo a tiempo. Los extres empezaban a hacer rodar piedras enormes, empujándolas para colocarlas detrás de los blindados e impedir que éstos retrocedieran.

Por el megáfono portátil, Clemens gritó que las unidades se desviasen a la izquierda para salir de aquella encerrona. Un poco más abajo había un espacio que podía permitirles cruzar el abrupto terreno y alejarse de allí.

—¿Es que no vamos a ayudar a los compañeros de los blindados? —preguntó Mat dejando de disparar por la mirilla.

El profesor ayudaba cargando armas y pareció quererlo fulminar con la mirada. Los hombres que les acompañaban eran de la total confianza de Cronwell y uno de ellos observó al joven con visible disgusto.

—Cállate y sigue disparando —le rogó Sara secándose el sudor con la mano e introduciendo por su mirilla el rifle.

Mat apretó varias veces el gatillo. No vio caer a ningún extre de los que corrían en bandadas hacia los inmovilizados blindados. Estaba demasiado nervioso para apuntar con calma.

Los demás camiones tenían formada una cortina densa de fuego contra la masa atacante, pero sólo podían proteger su retirada, no impedir que, en oleadas constantes, los extres fuesen rodeando los blindados. Uno de ellos ya estaba siendo asaltado por un mar peludo y gesticulante. Se escucharon por encima del fragor de los disparos, los gritos de terror de sus ocupantes. Pero sólo por unos instantes. Los

extres sabían acabar pronto con sus víctimas cuando lo querían.

Las unidades más avanzadas, siguiendo el camión de los jefes, empezaban a alejarse a todo gas del lugar donde fueron sorprendidos. Pero el terreno llano era estrecho y los últimos vehículos se vieron entorpecidos los unos a los otros a causa de su ansia por huir. Aquello les fue fa tal.

Sólo los blindados de cola y el camión grande pudieron pasar, los demás vehículos ligeros chocaron los unos con los otros y quedaron inmovilizados. Y los extres pronto vieron aquello, comprendiendo que tenían más humanos a su alcance. Cientos de ellos corrieron hacia los camiones siniestrados.

Los humanos, hombres y mujeres, saltaron de las cabinas y corrieron tratando de alcanzar los camiones que se alejaban, seguidos de cerca por docenas de extres.

Mat abrió la portilla que daba a la cabina de los conductores y gritó:

—Detente. Tenemos que recoger a esos compañeros. El compañero del conductor le miró iracundo:

—¿Estás loco? ¿Es que quieres que nos cojan a nosotros?

Rojo de ira, Mat les apuntó con su rifle.

—Si no detienes este cacharro enseguida te vuelo la tapa de los sesos. ¡Y te juro que lo haré con gusto!

—Pero…

—¡Obedece!

El conductor pisó el freno con furia. Nadie se había dado cuenta dentro del camión de lo que pasaba hasta que sintieron que el camión se detenía. Los hombres de Cronwell miraron sorprendidos a Mat, pero éste ya les apuntaba a ellos también y les gritó:

—Recoged a cuantos podáis. ¡Vamos!

Charlye tuvo que empujar a los hombres de Cronwell para que se acercasen al fondo del camión. Tenían que disparar para permitir a los fugitivos que pudiesen llegar hasta ellos. Los más rezagados estaban siendo alcanzados, caían y enseguida quedaban ocultos sus cuerpos por un montón de extres.

Sara, Irene y el profesor ayudaron a tres hombres y dos mujeres a saltar al interior del camión. Varios más corrían hacia ellos con el terror reflejado en sus rostros contraídos, pero estaban muy lejos y los extres demasiado cerca.

Mat lo estaba presenciando todo. Se mordió los labios y dijo al conductor:

—Arranca.

Este le obedeció después de mascullar una maldición entre dientes. El vehículo pegó un brinco y corrió velozmente y rugiendo su motor descompasadamente. Mat pasó junto a los rescatados y miró hacia atrás.

Era ya imposible hacer nada por los demás. Cuando el camión arrancó, algunos brazos peludos ya estaban a punto de tocar las defensas traseras del vehículo. —El jefe Arnáu será informado —dijo a Mat uno de los hombres.

Mat se encogió de hombros y le dio la espalda. Se retiró hasta donde estaban Sara y Charlye. Irene le golpeó la espalda y los demás le dirigieron una mirada de aliento. El profesor se limitó a sonreírle antes de dedicarse a calmar el histerismo de las dos chicas salvadas.

* * *

Unos kilómetros más adelante, en pleno llano y con la seguridad de no ver un solo extre, la caravana se detuvo para reorganizarse. Las pérdidas habían sido muy grandes. Además de los blindados que iban en vanguardia se habían perdido cuatro camiones ligeros y dos grandes. De sus ocupantes sólo se habían salvado los cinco que montaron en el vehículo de Mat y sus compañeros.

Mat observó impasible cuando los hombres de Cronwell se fueron a informar a su jefe de lo sucedido.

Cronwell no tardó en presentarse. Le seguían Arnáu y Damians. Los tres estaban furiosos.

—¿Qué se proponía, Muriel? —Cronwell fue el primero en increparle.

—Salvamos a cinco compañeros —replicó.

—Pusieron en peligro la vida del profesor. Y usted tuvo que usar la violencia para obligar al conductor a detener el coche. Si desea suicidarse puede hacerlo solo, no arriesgando la vida de Dexter —Arnáu parecía el más tranquilo de los tres.

—Creo que el muchacho hizo bien, jefe —intervino el profesor—. Yo tampoco podía presenciar cómo esos condenados descuartizaban con sus garras a nuestros amigos. ¿Por qué sólo piensa en mí seguridad?

—Déjese de tonterías, profesor —dijo Damians chillando—. Llegar al fuerte de Arno Charles sin usted significa haber hecho este maldito viaje para nada.

—Me halagan, señores —sonrió Dexter—. Pero no culpen a Mat Muriel. Yo le ordené que obligase al conductor, si era necesario, para detenemos y socorrer a los que estaban en peligro.

—Todos estábamos en peligro —dijo Arnáu—. Su camión, profesor, viajaba en el centro de la caravana para que estuviera más protegido que ninguno. La acción que Muriel cometió pudo haber estropeado todo el proyecto.

—Insisto en que la culpa, si existió, fue mía. Creo que deben alegrarse de que tres hombres y dos mujeres hayan podido salvar sus

vidas. ¿No le parece que han muerto ya demasiados?

Arnáu hizo un ademán tajante.

—Está bien. Dejemos esto. Tenemos que marchamos enseguida. Aún debemos alcanzar el punto seguro para pasar esta noche. Mañana estaremos a salvo en el fuerte.

El profesor movió la cabeza.

—Es usted muy optimista, jefe. Nos siguen todos los extres del continente. Veremos si podemos deshacernos de ellos.

—Usted siempre ha sobrestimado a esos demonios.

Se alejaron los jefes, quedándose Cronwell, quien mirando a Mat le dijo sonriendo:

—Yo viajaré con ustedes desde ahora. Y advierto que no consentiré ninguna tontería. Todos arriba.

* * *

Soxman miró al otro lado del gran foso. Dejó los prismáticos a Inre Molnar, diciendo: —Ya están aquí.

Molnar, después de mirar, exhaló un suspiro de alivio. —Temí que Anro no iba a conseguirlo.

Soxman se apartó de la ventana —diciendo: —Vamos a recibirlos.

Salieron del puesto de mando de la vieja fortaleza, bajaron por la escalera de caracol y cruzaron el patio, deteniéndose junto a la puerta de acero. Soxman hizo una señal al centinela para que las abriese y bajase la pasarela que cruzaba el foso. Instantes después los primeros camiones entraban en el patio. Algunos hombres ayudaron con sus señales a que aparcaran lo más justo posible.

Mat miraba todo aquello con curiosos ojos. Lo que Arno llamaba fortaleza debía ser un viejo recinto del ejército, un cuartel escondido en el desierto o un silo de proyectiles atómicos abandonado mucho antes de la llegada de los extres. Pero resultaba un buen sitio para defenderse de los demonios, siempre que se contase con las suficientes armas y hombres para usarlas desde las altas murallas.

Pero aquel lugar denotaba una suciedad muy grande.

Había basura por todas partes. E incluso mal olor que procedía de algunos lugares, como a comida rancia o mal cocinada.

—¿Es aquí donde está la nave, profesor? —preguntó Mal.

—No. Está a unos kilómetros, me parece, en un lugar muy escondido.

Una sombra de preocupación cruzó el rostro de Mat. Dexter sonrió, como si interpretase aquel gesto. —No te inquietes. La vigilan. Los extres no pueden llegar hasta ella. Incluso creo que tienen unos transistores de escaso alcance, aunque suficiente, para estar siempre en

contacto con la guarnición de la nave.

Los jefes estaban siendo presentados por Arno Charles a los máximos mandatarios del fuerte.

—Creo que se llaman Inre Molnar y W. Soxman, viejos oficiales del ejército —dijo el profesor—. Deben ser tan viejos como yo —sonrió.

Los hombres bajaban de los camiones y los miembros del fuerte les ayudaban a descargar sus pertenencias. Los alumnos formaron grupo alrededor del profesor y Mat pronto descubrió que las miradas de los hombres del fuerte se dirigían preferentemente hacia las mujeres. Recordó que el profesor les contó que allí no había ninguna mujer desde hacía varios años. Mat pensó que podían tener problemas. Tenían que intentar por todos los medios estar siempre juntos.

—Desconfío de los jefes —añadió Charlye en medio de una maldición.

—¿Qué sospechas? —preguntó Mat—. Yo también temo alguna jugarreta de ellos.

—No lo sé. Pero debemos mantenemos alerta.

Un tipo de gesto hosco se acercó y dijo que los iba a conducir a su dormitorio. Miraba constantemente a las chicas de soslayo, mientras caminaron hacia unos edificios. Entraron en una habitación que mostraba señales de haber sido limpiada recientemente, pero de forma descuidada. Tenía seis camas, algunas sillas y una mesa.

—Ustedes deben estar aquí. Ya les avisaré cuando sea la hora de comer —sonrió el hombre maliciosamente—. Aunque les aconsejo que si traen alimentos, los usen. Nuestro cocinero es muy deficiente.

Y se marchó después de echar el último vistazo a las chicas.

Mat cerró la puerta violentamente. Se volvió hacia el profesor.

—Esto cada vez me gusta menos. ¿Cuándo veremos la nave?

—Mañana a primera hora. Comeremos algo y procuraremos dormir. Me temo que vamos a tener mucho trabajo durante algún tiempo. Un duro trabajo.

—Me asusta la idea de tener que cruzar otra vez terreno dominado por los extres —dijo Irene.

—Arno Charles me contó que disponen de un túnel que conduce al mismo lugar donde está la nave. Usaron una vieja mina o camino militar para llegar hasta allí. Sólo tuvieron que practicar una prolongación de ocho o diez kilómetros. Fue una buena idea… y un gran trabajo. Tengo entendido que incluso camiones pequeños pueden recorrer el túnel.

—Menos mal. Es la primera noticia agradable que escucho en mucho tiempo —exclamó Mat.

Capítulo VII

—¿CONFÍA en que conseguirá algo? —preguntó Soxman a Arnáu.

Este, Clemens, Lecloch y Damians se encogieron de hombros, respondiendo el último en nombre de sus compañeros a Soxman y Molnar:

—No podemos estar seguros; pero es el único que puede intentarlo con un mínimo de garantía. Estuvo en la Luna.

—Eso ya lo sabemos —rezongó Molnar—. Pero esta nave fue construida por seres extraterrestres. ¿Podrá comprenderla?

—Lo que debemos rogar es para que aún conserve su fuerza impulsora —replicó Damians.

El grupo había salido de la nave, dejando en ella al profesor y sus cuatro alumnos… Arno y Cronwell se habían quedado con ellos a título de ayudantes… o vigilantes.

Estaban en el exterior, mirando la nave extraterrestre.

Era de color plateado, afilada en su proa y muy ancha en la base, sobre la cual se sustentaba. El tiempo expuesta a la intemperie no parecía haberla afectado lo más mínimo. Ningún metal presentaba el menor indicio de corrosión. El interior, todo metálico y de algún material parecido al plástico, estaba pulcro y brillante.

—Es muy grande exteriormente, pero muy pequeña por dentro —susurró Damians empleando un tono de desconfianza en sus palabras.

—Es cierto —apoyó Arnáu—. ¿Cuántas personas realmente pueden viajar en ella?

—Veinte personas —respondió Soxman.

—Pensamos que podrían ser más.

—Serán suficientes. Incluso algunas chicas podrán venir con nosotros —sonrió Molnar—. A propósito de chicas, ¿por qué no ordena a varias de ellas que vivan en nuestros habitáculos?

—¿Está loco? —replicó Clemens—. Casi todas tienen compañeros. Ya elegiremos a su debido tiempo las que tienen que acompañarnos. Mientras tanto, no debemos causar recelos entre nuestros hombres y los de ustedes. Todo el mundo debe pensar que la nave es suficiente para acogerlos.

—Es posible que tenga razón —admitió Molnar de mala gana—. Tenemos que ser precavidos… y no podremos formar un plan hasta que el profesor emita su informe. Confiemos que él no intente engañamos

diciéndonos que precisará los chicos para ayudarle a pilotar la nave.

—Pues deberá conformarse con las dos muchachas —añadió Soxman —. No hay plazas para sus compañeros.

Lecloch hizo una indicación para que callasen. En la compuerta acababa de aparecer el profesor, quien seguido por sus alumnos y luego por Arno y Cronwell comenzaron a bajar la escalerilla metálica.

—Parece que tiene un semblante optimista —sonrió Damians señalando al anciano.

Dexter portaba un montón de papeles repletos de anotaciones.

—La primera revisión ha sido optimista, señores… —dijo—. Es algo maravilloso ese ingenio.

—¿Qué conclusiones ha sacado, profesor? —preguntó Soxman ansioso.

—Aún es pronto para emitir un juicio pleno; pero creo que puedo anticiparles que mis primeras conjeturas son altamente satisfactorias. He descubierto cómo iluminar el interior de la nave. Es un sistema muy sencillo de expansión lumínica indirecta. Hallé lo que podemos llamar interruptor general de la sala de mandos.

—Debe tener cuidado, profesor —dijo Arnáu—. No sabemos qué artilugio puede poner en marcha al mismo tiempo. Además, sería penoso que consumiéramos las reservas de energía y…

—Es posible que pueda ocurrir así, pero lo dudo —sonrió levemente el profesor—. Esa condenada nave, estoy seguro, nos deparará aún un montón de sorpresas agradables. Ahora, si me lo permiten, desearía trabajar un poco con mis alumnos.

Molnar señaló el camión aparcado cerca de ellos. Al fondo, practicado en la roca del farallón, se veía la negra boca del túnel.

—Podemos regresar cuando quieran —dijo.

—No, preferimos quedamos aquí —dijo Dexter—. Habíamos pensado los chicos y yo que podemos dormir en la nave. Hay unas literas que pueden adaptarse a nuestros cuerpos. Sólo tendrán que traemos alimentos.

Los jefes, Soxman y Molnar, se miraron entre sí. La petición del profesor era lógica, pero Arnáu enseguida dijo:

—De acuerdo, profesor. Lo dispondremos todo como usted desea. Cronwell se quedará para cuidarles todo el tiempo y traerles del fuerte lo que necesiten.

—Será un trabajo muy pesado para un solo hombre —dijo Soxman frunciendo el ceño—. Arno también se quedará aquí. Y redoblaremos la vigilancia en los puestos de observación. Me han dicho que se están viendo muchos extres rondando el fuerte y me temo que puedan descubrir que aquí hay también humanos.

Mat alzó la mirada. Sobre las murallas naturales de piedra se veían a

los hombres armados del fuerte pasear, vigilando la llanura. Después de haber visto aquel lugar comprendió por qué la nave sólo había sido descubierta después de tantos años. Tenía que llevar allí siete u ocho lustros, oculta de las miradas humanas. ¿Cuántas como ella aterrizaron y por qué sólo aquélla parecía haber quedado abandonada ¿Qué pudo haber ocurrido para que tal cosa sucediera? Después de inspeccionar la nave existían cientos de preguntas aún no contestadas. Pero el profesor estaba entusiasmado y todos confiaban en que muchos misterios quedarían desvelados cuando pasaran unos días…, o semanas.

—Mañana volveremos por la tarde, profesor —dijo Molnar—. Ojala para entonces tenga más noticias provechosas que darnos.

—Yo me acercaré por la mañana —dijo Arnáu.

Pero Molnar se volvió hacia él rápidamente y le respondió:

—Vendremos todos juntos. Hasta la tarde estaremos muy ocupados planificando muchos detalles que aún están pendientes de ultimar.

Mat descubrió en el tono de las palabras de Molnar una evidente demostración de desconfianza. Observó cierta tirantez en los cuatro jefes. Estos, desde que llegaron al fuerte, estaban siendo lentamente desposeídos de su autoridad. Soxman y Molnar eran allí los amos y los recién llegados únicamente los huéspedes.

Arnáu se mordió los labios y cruzó una mirada de inteligencia con Cronwell antes de dirigirse al camión; El vehículo arrancó y desapareció por la oscura boca del túnel. Entonces el profesor se encogió de hombros y dijo:

—Vamos, muchachos. Quiero comprobar algunas cosas antes de cenar e irnos a dormir.

Arno y Cronwell hicieron intención de ir con ellos, pero el profesor les dijo con energía:

—Su presencia arriba sólo será una molestia en nuestras investigaciones. Deberán quedarse en el barracón de los guardias. Si les necesitamos ya les avisaré.

Cronwell iba a protestar, pero Arno le cogió del brazo y le hizo marchar con él hacia el barracón levantado junto al túnel.

—El profesor tiene razón —dijo—. Trabajarán mejor sin nuestra presencia, Cronwell.

—Esto no le gustará a mis jefes —se quejó Cronwell. Arno sonrió.

—Me parece que tienes demasiados jefes, amigo. Tengo algo que decirte. Muy importante.

* * *

Mat acariciaba el desnudo y brillante metal de la pared. No era frío como los metales terrestres. Poseía algo cálido que lo hacía agradable,

incluso a la mirada, bajo aquella luz que parecía salir de todas partes y que caldeaba el ambiente confortablemente.

Se volvió para mirar al profesor. El anciano estaba sentado delante del cuadro repleto de pequeños rectángulos en los que brillaban suaves colores. A su lado estaba sentada Irene, tomando notas y atenta a las palabras que dictaba Dexter.

Conocía ya la nave palmo a palmo, al igual que sus compañeros y el profesor. Lo primero que advirtieron, alarmados, fue que allí no podía viajar el número de personas que inicialmente se había previsto. No había sitio para tantos. El profesor les dijo que, por el momento, no debían hacer comentario alguno al respecto. Todos estaban convencidos que el ambiente era extraño alrededor de la nave. Los jefes y los dos líderes del fuerte parecían tenerse una mutua y total desconfianza. Arno Charles y Cronwell no se apartaban de ellos cuanto podían. No habían regresado a la base desde el día que comenzaron la inspección y se instalaron allí.

Después de saber que la nave poseía una capacidad muy reducida para los pasajeros, descubrieron otras cosas más interesantes que les llenaron de satisfacción. En realidad, era Dexter quien hacía los descubrimientos. El anciano estaba dichoso a pesar de los malos presagios que se cernían sobre el grupo.

Diariamente acudían los jefes acompañados de Soxman y Molnar para recabar informes. Dexter les contaba lo que le parecía, ocultando el mayor número de datos, realmente importantes. Sólo les transmitía cosas sin importancia para contentarlos.

El profesor se levantó diciendo a Irene:

—Es suficiente por ahora, muchacha. Saca en limpio todo eso y haz unas copias. Son instrucciones muy importantes que debéis aprenderos. Y, como siempre, cuando las sepáis hasta la última coma, las destruís.

Mat se acercó al anciano. Estaba preocupado cuando le dijo:

—Ayer se marcharon muy enfadados cuando usted les dijo que aún nada sabía con certeza acerca del sistema de impulsión de la nave. ¿Qué piensa decirles hoy?

Dexter se encogió de hombros.

—Lo mismo que ayer. Y mañana, si es preciso, les diré lo mismo que hoy.

—Creo que empiezan a sospechar.

—¿Y qué? —el anciano emitió una sonrisa irónica—.

Esos asnos no saben distinguir nada de lo que hay dentro de la nave… ¡Yo aún no estoy muy seguro!

—Pero… usted dijo que la nave puede navegar hasta las estrellas.

—En eso confío. ¿Pero quién puede estar seguro de nada? Yo no las tenía todas conmigo cuando fui a la Luna, a pesar de que usaba

tecnología terrestre. ¿Y pretendes que esté confiado al manipular algo construido por seres distintos a nosotros, en un planeta que no sabemos exactamente dónde está? Me pides demasiado.

—Lo siento, profesor..

—No lo sientas. Y no te preocupes. Ya tengo preparada la carnaza para esos borregos cuando vengan hambrientos de buenas noticias.

—Ojalá sea algo convincente —suspiró Mat—. Llevamos aquí tres meses. Nunca pensé que tuvieran tanta paciencia.

—Será porque no tienen más remedio. Charlye entró en el puente de mando.

—Ya llegan, profesor. Pero sólo vienen dos. Dexter arrugó el ceño.

—Es raro. Nunca han faltado a la cita diaria los cinco.

—¿Quiénes son? —preguntó Mat.

Pero antes de que Charlye le respondieran, entraron Damians y Soxman. Cronwell y Arno les seguían.

Soxman estaba aterrado, pero Damians le superaba en estado de excitación. Fue quien se dirigió agriamente al profesor:

—Dexter, no podemos esperar más. Necesitamos informes concretos, no vacilaciones. ¿Cuándo será capaz de poner esta nave en el espacio con un mínimo de seguridades?

—¿Por qué esa prisa súbita?

—No tenemos mucho tiempo, maldita sea —masculló Damians—. Anoche llegó un camión procedente de nuestra base. Sólo venían dos hombres. Uno de ellos murió enseguida y el otro nos contó cosas terribles.

—¿Qué ha pasado en nuestra base?

—No lo sabemos exactamente. El superviviente cayó en coma y después de articular algunas frases apenas coherentes. Al parecer, sufrieron algunos ataques de los extres, que pudieron rechazar. Se pusieron nerviosos y dispusieron el resto de los camiones para llegar hasta aquí. Fue una matanza y creo que sólo ha podido sobrevivir el que tenemos herido…, aunque será por poco tiempo. No podemos hacer nada por él.

El profesor frunció el ceño.

—Hubiera sido mejor que no se les hubiera prometido que volveríamos por ellos.

Damians rió con sorna.

—¿Es que se hubieran quedado sabiendo que nosotros teníamos probabilidades de abandonar el planeta?

Dexter tuvo que contener sus deseos de preguntar a Damians a quiénes consideraba él con posibilidades de salvación. ¿Acaso todos los hombres que habían compuesto la caravana ilusionados?

—Aún hay más, profesor —añadió Soxman.

—¿Sí? —inquirió Dexter.

—Ayer, al atardecer, sufrimos el primer ataque al fuerte de los extres desde hacía muchísimo tiempo. No eran muchos, pero nuestros exploradores informaron esta mañana que a pocos kilómetros los vieron por miles, Y la ciudad cercana está repleta de ellos. Atacarán en masa, en cantidades que nunca hemos visto juntos.

—Tenemos poco tiempo —añadió Damians—. Con nosotros han venido unos vehículos cargados de alimentos concentrados, suficientes para un par de años. El peso y la masa se ajusta a los datos que nos dio usted en los primeros días de investigación.

El profesor se encogió de hombros.

—Bueno, Creo que pueden cargar el compartimento que designé como bodega. No nos molestará. Pero aún tenemos mucho trabajo.

—Han tenido demasiado tiempo. ¿Es que aún no ha sacado conclusiones definitivas?

—Tengo escasos datos —gritó el profesor—. Y nunca tendré conclusiones definitivas. ¿Qué esperaba de mí? Dispongo de pocos ayudantes. Nunca quisieron hacerme caso cuando les pedí que dispusieran más medios a mi alcance para ampliar la clase, estudiar más a fondo. Me limitaron los medios. ¡Sólo cuatro alumnos!

—¿Quién podía pensar entonces que los íbamos a necesitar? —masculló Damians—. ¿Qué nave pensaba pilotar? ¿Es que tuvo el presentimiento que iba a encontrarse con una de construcción extraterrestre?

—Por supuesto que no, pero siempre dije que a cuatro mil kilómetros, al este, aún podían quedar algunos prototipos que se fabricaron para viajar a la Luna. Siempre planeé modificar las naves, en caso de hallarlas, para trasladarnos a las estrellas, aunque se tardasen veinte años. Todo era mejor que permanecer en un planeta que día a día dejaba de ser nuestro.

—Olvidemos cosas pasadas, profesor —intervino Soxman conciliador —. No es momento para peleamos.

Dexter gruñó entre dientes:

—Está bien. Aún no estoy totalmente seguro, pero puedo anticiparles que creo haber descubierto el sistema de impulsión de esta nave y cómo manejarla. Viajaremos más rápidos que la luz y podremos alcanzar, al menos teóricamente, nuestro destino en un año. Es posible que se pueda sacar más partido del navío y llegar antes, pero no me atrevo.

—¿Y el combustible? —preguntó ansiosamente Damians.

—No hay ningún problema con él. Durante años esta nave ha estado cargando una especie de baterías solares. Están repletas.

—¿Es que puede navegar por medio de la energía solar?

—Al menos, despegará y podrá escapar de la atracción terrestre.

Entonces, en el espacio, con la luz de las estrellas como fuente inagotable de energía, podrá viajar al confín del Universo… si es que existe. Además se ayuda con un complicado sistema electromagnético. Creo que hasta la fuerza gravitatoria de la Tierra será usada en la partida.

—¿Cree? —dijo—. ¿Es que no encuentra un margen de seguridad tolerante?

Dexter negó con la cabeza.

—De ninguna manera —dijo—. Yo no puedo garantizar nada. Quien no confíe un poco en mí se puede quedar fuera.

Damians y Soxman cruzaron una mirada. El último rezongó:

—Está bien. Ordenaremos que acomoden los víveres en el cuarto que usted señaló, profesor —e hizo una indicación a Cronwell para que bajase a encargarse de todo.

—Si no tiene nada más que decimos, profesor, nosotros sólo tenemos que añadir que procure tener la nave dispuesta en cualquier momento —dijo Damians.

—Sí —añadió Soxman—. Podemos presentarnos sin avisar y decirle que nos marchamos.

—Confiemos en que los extres nos den aún algunos días —Dexter movió la cabeza carente de seguridad—. Aún tenemos cosas imprescindibles que hacer.

—Hágalas rápido.

Sé volvían para—marcharse, cuando el profesor les contuvo al decirles:

—¿Disponen aún de unos minutos?

—¿Qué desea?

—No es vital para el viaje; pero creo saber algo del origen de la llegada de los extraterrestres —dijo suavemente el profesor.

—Siempre sentí curiosidad por conocer este asunto —dijo Soxman.

Dexter se sentó ante los dos hombres. Sus alumnos le miraban sonrientes. Ya conocían la teoría, pero el profesor se las expuso fragmentadamente y ahora tenían la oportunidad de escucharla entera.

—Los constructores de esta nave proceden de algún punto ignoto de esta galaxia… o de otra. Eso es igual por ahora. No nos concierne básicamente. Resumiendo, podemos presumir que seres mucho más evolucionados que nosotros decidieron llevar a cabo un experimento. Descubrieron la Tierra y sus habitantes. No quisieron dejarse ver, pero por lustras nos estuvieron observando. Tal vez les interesaba el planeta, pero sin sus habitantes.

»Siempre hemos querido imaginamos cómo nos combatiríamos los miembros de una raza estelar que quisiera apoderarse de nuestro mundo. Los escritores de ciencia ficción especularon de mil formas

distintas. ¿Alguno de ellos pensó que los seres se iban a valer de unas criaturas inferiores a ellos para exterminarnos? Es posible.

—¿Quiere decir que arrojaron sobre la Tierra esos abominables seres para destruir nuestra civilización? —inquirió Soxman.

—¿Por qué lo duda? Es muy sencillo. Los poderosos seres debieron estudiarnos a fondo, conocer nuestras debilidades. Decidieron atacarnos por el punto más débil: nuestra afición a los animales domésticos y exóticos. Debieron conocer bien a fondo nuestra estúpida y sensiblera sociedad, nuestra desunión política y las grandes diferencias sociales y culturales en diversas zonas, tan grandes que hemos permitido que tribus vivieran en la edad de piedra, mientras que a pocas millas se levantaban ciudades ultramodernas pobladas por una sociedad dedicada de pleno al consumo y los placeres. Quizá esos seres dedujeron que una guerra clásica, declarada, sólo podía proporcionarles, en caso de vencer, un mundo arrasado e inservible.

»Por todas estas conclusiones decidieron enviarnos esos animales, debidamente programados genéticamente. Al principia los tomamos como graciosos animalitos dignos de tener en casa, pero en poco tiempo se desarrollaron y se convirtieron en fieras destructoras. Cuando quisimos destruirlos era imposible. Los llamados extres tenían en sus mentes rudimentarias un plan debidamente programado. Cuando pasó cierto tiempo y eran lo suficientemente numerosos, la barrera levantada en su cerebro cayó y las órdenes programadas les impulsaron a destruir a los seres humanos, total y sistemáticamente.

»Terriblemente sencillo.

»Al parecer, los poderosos seres no tienen mucha prisa en adueñarse de la Tierra. Seguramente lo preparan todo con suficiente tiempo. Es posible que no precisen este mundo hasta dentro de unos años o siglos. Entonces podrán regresar y encontrárselo tal como ellos desean. Quiero decir, sin humanos, con las ciudades convertidas en ruinas y escasos vestigios de nuestro paso. La contaminación y suciedad que durante lustras estuvimos arrojando sobre nuestro planeta estará purificada, sin nuestra presencia, en poco tiempo.

»Es una forma elegante de ganar una guerra, un planeta con el que contar cuando les plazca. ¿Se imaginan la Tierra dentro de unos años, libre de nuestra labor destructiva? Volverá a ser un vergel, un mundo digno de volver a reedificar.

—Todo eso está muy bien, profesor —dijo Damians—. Pero olvida algo muy importante.

—¿Qué es?

—Cuando esos poderosos seres, como usted los llama, regresen, se encontrarán con miles de millones de las bestias que ellos mismos trajeron. Ya conocemos la rapidez con que se reproducen…

El profesor meneó la cabeza negativamente.

—Nada de eso. Llevo estudiando a los extres con interés desde hace tiempo y siempre recopilé lo que de ellos otros hombres descubrieron. Los extres, las bestias destructoras, no sobrevivirán mucho tiempo a nosotros. Cuando sus amos regresen no quedará uno solo.

—No entiendo…

—Es hartamente sencillo. Ya he dicho que los extres fueron genéticamente programados. Su único fin es procrearse, aumentar en número y destruir humanos, buscarlos por todas partes. ¿No observamos que cada vez están más nerviosos y agresivos? Cada miembro tiene que cumplir su cometido y las dificultades mayores que cada día tienen les enfurecen. Son más numerosos y los humanos más escasos. Cuando llegue el día en que no encuentren ninguno empezarán a destruirse los unos a los otros y a perder sus instintos reproductores. No habrá más crías y terminarán por desaparecer.

—¿Por qué ha de ocurrir eso?

—Porque ellos están programados así. Los ciclos reproductivos así lo demuestran.

Soxman se rascó la barbilla.

—Entonces la humanidad aún tiene una posibilidad de no perder la Tierra. Algunos grupos están muy escondidos. Si no se dejan ver los extres supondrán que no queda un humano y comenzarán su etapa de autodestrucción. Entonces los hombres podrán volver a la superficie para recuperar su mundo.

—¿Quiere quedarse aquí para comprobarlo usted mismo? —preguntó, irónico, el profesor.

—De ninguna manera —dijo Soxman—. Pero creo que el plan puede fallarle a esos seres tan diabólicos.

El profesor se encogió de hombros.

—No los juzguemos duramente. Ellos descubrieron la Tierra y pensaron que sería un buen sitio para dentro de algún tiempo. Entonces planearon nuestra destrucción y trajeron los extres. Nosotros les molestábamos como nos pueden molestar los mosquitos o las hormigas. Y cuando así nos ocurre utilizamos un insecticida. Para esos seres el insecticida a usar contra nosotros han sido los extres.

»Además, no creo que el proceso termine hasta que el último humano no haya desaparecido. Los extres deben ser muy sensitivos a nuestro olor o algo parecido. No importará que nos ocultemos bajo cientos de metros de tierra. Ellos esperarán en la superficie a que salgamos para cumplir su cometido. Así será.

Soxman resopló.

—Entonces, me alegro de tener la posibilidad de abandonar este mundo. Por mi parte, se lo regalo a los amos de las bestias.

—Ellos ya lo han tomado, señor —dijo el profesor.

—Aún queda algo, Dexter. ¿,Por qué abandonaron esta nave?

—Ni los más inteligentes seres están exentos de un error. Esta nave trajo docenas de crías que fueron debidamente dispersadas por una extensa área. Cuando los seres superiores intentaron regresar a este escondite, debieron ser sorprendidos por algo que los aniquiló. La nave quedó olvidada. Se debió considerar perdida. Esto ya no lo sé, pero si no les gusta la explicación, pueden buscar otra. No quiero defenderla. Sólo estoy seguro del motivo de la presencia de las bestias llamadas extres en la Tierra.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—He hallado testimonios en la nave. Me costó muchas horas poder utilizar el sistema de información mental que usaban estos seres. Pero al fin lo logré. —Debió trabajar en la nave antes de perder su tiempo en algo que no nos concernía —masculló Soxman.

Damians lo tomó de un brazo y le hizo salir. Arno miró al profesor, se encogió de hombros y marchóse también.

—Parece que se han enfadado, profesor —dijo Mat.

—Seguro. Ahora saben que los extres que rodean el fuerte están cumpliendo una misión y que no atacarán impulsados solo por su instinto. Eso no les gusta porque atacarán pronto y tienen poco tiempo.

Capítulo VIII

MAT bajó tras los que se marchaban. Se apartó a un lado del pasillo para dejar paso a los hombres que estaban entrando los víveres en la nave y colocándolos en el cuarto donde el profesor suponía que habían viajado las crías extres.

Alcanzó al grupo cuando estaban a punto de bajar por la escalerilla. Un hombre extenuado les había detenido en la misma puerta. Mat se detuvo y desde su sitio pudo escuchar cómo Soxman y Damians eran informados de lo que estaba sucediendo al otro lado del túnel, en el fuerte.

—Es una locura… Lo hemos intentado ya todo. Bombas de mano, gases, gasolina, dinamita… Nada es capaz de detenerlos. La primera línea defensiva estaba a punto de retroceder cuando Molnar me envió para informarle, señor.

Mat pudo apreciar la palidez de Damians. Soxman se limitó a apretar los dientes y preguntó al emisario:

—¿Qué más te ha dicho Molnar?

—Que es hora de proceder.

Soxman dirigió una mirada a Arno, asintiendo en silencio.

Ya Arno tenía desenfundada su pistola. Apoyó el cañón en la espalda de Damians y apretó el gatillo. El estampido resonó por toda la nave y Mat no pudo evitar un respingo. Junto a Arno estaba Cronwell y por un momento pensó que éste intervendría. Pero Cronwell se limitó a apartarse y dejar que el cuerpo de Damians cayese a su lado, retorciéndose en el suelo. Entonces, Arno volvió a disparar sobre el pecho, buscando el corazón. Damians dejó de moverse.

Soxman descubrió a Mat, frunciendo el ceño. Al parecer, le disgustaba su presencia. Los otros dos también le vieron y Cronwell apuntó al joven con su pistola, dibujando una sonrisa que a Mat se le antojó como una firme resolución condenatoria hacia él.

Sonaron pasos por el corredor. El profesor llegó seguido de las dos muchachas y Charlye. De un solo vistazo se hizo cargo de la situación.

—Guarden esas armas —dijo secamente, poniéndose delante de Mat—. No sean locos. Un disparo mal dirigido puede dañar seriamente el sistema, cualquier sistema vital.

Los hombres que estaban introduciendo los víveres pasaron sobre el cadáver sin inmutarse. Uno de ellos dijo a Soxman:

—Todo está en su sitio, señor.

—Bien —respondió el líder del fuerte—. Vuelvan a los camiones. Regresaremos. Todos tenemos que defender las posiciones.

Los hombres bajaron y Cronwell dijo:

—Alguien deberá quedarse para vigilar al profesor, señor.

Arno sonrió.

—Entonces tendría que quedarme yo también para vigilarte a ti, Cronwell. Tú puedes sentirte tentado a marcharte con ellos si el pánico te domina ante la presencia de los extres.

Soxman entornó los ojos.

—Es una situación delicada. Será mejor que el profesor nos acompañe… y ese jovencito tan curioso. Los demás no se atreverán a nada y nos tendrán que esperar. Es lamentable esta mutua desconfianza —miró el cadáver y añadió después de soltar una corta risa—: Aunque comprensible, por supuesto.

Mat apretó las manos de Irene y sonrió a manera de despedida. El profesor indicó a Charlye que terminase el trabajo.

—Creo que volveremos más pronto de lo que todos suponemos —concluyó con evidente pesimismo.

Bajaron y anduvieron hasta los camiones que les esperaban al pie de la nave. Antes de subir, Mat dirigió una mirada a la figura de Irene, quien desde la compuerta le agitó la mano.

Pudo observar, al tiempo que el vehículo se ponía en marcha, que la guardia armada sobre el desfiladero era escasa, apenas tres hombres vigilaban. Todos los demás habían abordado los camiones que les precedían.

La situación del fuerte debía ser crítica.

* * *

Cuando llegaron al fuerte lo hallaron sumido en un caos. Los hombres corrían de un lado para otro, retirando heridos y transportando municiones a las defensas. Al otro lado de las murallas se levantaban altas columnas de fuego que arrojaban un denso humo negro que apestaba a gasolina y carne quemada.

Lecloch cojeaba visiblemente al caminar, apoyado sobre Clemens hacia la residencia de los líderes. Arnáu iba a su lado, cargado con las armas de los tres. Se detuvo al ver llegar a Soxman. Cronwell, Arno, el profesor y Mat.

—¿Dónde está Damians?

—Vendrá en otro camión —expresó Soxman—. ¿Qué ha pasado?

—Tuvimos que arrojar a los fosos cuanta gasolina nos quedaba en los depósitos. El ataque de esos demonios se hacía insostenible —meneó la cabeza—. Nos queda poco tiempo, quizá el justo en que se consuma el

combustible. Incluso estamos vaciando los tanques de algunos camiones.

Entraron en la estancia. Lecloch se quejaba de la pierna. Clemens le estaba cortando el pantalón con unas tijeras y explicó a Soxman que se había acercado: —Todos tuvimos que acudir a luchar. Un extre saltó sobre Lecloch y a punto estuvo de romperle la cabeza con un garrote, pero el golpe lo recibió en su pierna. Me temo que esté partida. He avisado al médico. Vendrá si no lo han matado.

Arnáu miró al profesor y a Mat.

—¿Para qué los has traído? —preguntó.

—El profesor tiene una interesante teoría que explicarnos acerca del origen y sus intenciones de los extres —sonrió Soxman—. Además él piensa que podemos marcharnos cuando queramos.

—No me interesa escuchar nada que no sea largarnos —mascullló Arnáu—. Nos iremos tan pronto empiecen a atacar de nuevo esos condenados extres. Tenemos que procurar que los hombres no se percaten de que nos iremos sin ellos.

—¿Y las chicas que pensábamos llevarnos? —preguntó Soxman.

—Que el diablo se las lleve. No hay tiempo de nada.

Todas las mujeres están luchando. Supongo que todos los víveres y agua están a bordo.

—Sí. El agua la produciremos nosotros mismos al igual que el oxígeno.

Soxman empezaba a dar muestras de inquietud. No veía a su compañero de liderato. Al final preguntó por él y Arnáu le informó:

—Está vivo, no hay que preocuparse. Le vi antes de venir aquí cuando el ataque se contuvo. Creo que está recogiendo algunas cosas que le interesaba llevar.

La puerta se abrió y penetró Inre Molnar. Estaba sucio y de su mano derecha colgaba una ametralladora. Observó al grupo y torció el gesto al ver al profesor y su alumno. Mientras introducía un nuevo cargador en el arma dijo jadeante:

—El fuego se está consumiendo. Los extres volverán al ataque enseguida. No podemos perder más tiempo. Nos marcharemos con disimulo. No podemos entretener más a los defensores. Están asustados. Sólo piensan en la nave y en largarse. Apenas he podido convencerlos de que aún no está preparada y necesitamos aguantar unos días más. Fuera tengo un camión con el depósito lleno con la última gasolina que nos queda.

Clemens había entablillado la pierna de Lecloch precipitadamente.

—Espero que aguantarás con esto —le dijo palmeándole la espalda —. Confiemos que a bordo podamos curarte mejor.

—Necesito la cura de un médico —mascullló Lecloch—. Me duele demasiado. No soportaré el dolor mucho tiempo…

Soxman buscó en un cajón y sacó una jeringuilla, que llenó con un líquido de un frasco. Hizo que Lecloch se remangase y buscó la vena, inyectándole.

—Esto te calmará —sonrió.

—Vamos, en marcha —dijo Molnar.

Todos fueron hacia la puerta, excepto Clemens y Arnáu, que ayudaron a Lecloch a incorporarse, quien apenas se puso en pie, se escurrió entre los brazos de sus compañeros y cayó al suelo.

Arnáu se arrojó sobre él y dio la vuelta al cuerpo, para inmediatamente mirar a los demás horrorizado y decir:

—Está muerto.

Fulminó con la mirada a Soxman y preguntó: —¿Qué le has puesto?

El interpelado emitió una sonrisa.

—Era lo mejor para él. Una muerte rápida y sin dolor. Esa pierna la tenía muy mala. Terminaría gangrenándosele.

—¡No eres quién para tomar esas decisiones, asesino!

Clemens, muy pálido, avanzó unos pasos y preguntó a Soxman:

—¿Qué le ha pasado a Damians? Esto no me gusta nada. Tú dejaste a Damians vigilando la nave, tú… —miró a Cronwell, exigiéndole una explicación. Tanto él como Arnáu estaban desarmados y sólo Cronwell tenía una pistola, aunque enfundada.

Pero Arno se limitó a encogerse de hombros y volverle la espalda, al tiempo que Molnar levantaba su metralleta y Arno Charles extraía su pistola.

Mat gritó y tuvo que ser contenido por el profesor cuando en la estancia tableteó la metralleta y tronó la pistola repetidas veces. Quería arrojarse contra los asesinos y Arno se volvió y le golpeó..

Cuando Mat volvió a mirar, los cuerpos de Clemens y Arnáu ocultaban el de Lecloch, al que empapaban con sangre.

—Ha sido un buen momento —dijo Arno reponiendo los cartuchos gastados.

Cronwell empujó al joven y al profesor al exterior.

Molnar señaló el vehículo detenido a pocos metros de ellos. Al otro lado, sobre los muros, semiocultos por el humo negro del fuego de los fosos, los defensores corrían de un lado a otro preparándose a repeler el nuevo ataque extre.

—Eres tan asesino como ellos, traidor —escupió Mat a Cronwell—. Aunque no hayas disparado contra tus jefes.

Cronwell miró despectivamente a Mat.

—No seas ingenuo —agarró a Mat por la camisa y lo zarandeó contra la caja del camión—. ¿Acaso crees que te vas a librar de ser despedazado por las bestias extres? Siempre te aborrecí y lo único que me impide matarte ahora es saber que quedándote tendrás un fin mucho

peor…

—¡Cállate, Cronwell…! —le ordenó Soxman.

El profesor, rojo de ira, se encaró con Soxman.

—¿Es que pretenden dejarle aquí también?

—No sea incrédulo, profesor. Ahora tenemos sitio sobrado en la nave —intentó sonreír—. Es posible que Cronwell creyera que Mat y Charlye se iban a quedar aquí, pero comprenderá que vamos a ir muchos menos de los que pensábamos.

—Le juro que si mis alumnos no vienen conmigo, no les conduciré a nuestro destino —dijo Dexter rechinando los dientes.

—Lo sé, lo sé. Ahora subamos todos —Soxman miró iracundo a Cronwell—. Tú conducirás, estúpido.

Maldiciendo, Cronwell saltó a la cabina y puso en marcha el motor. Molnar y Soxman se sentaron a su lado. Arno se colocó frente al profesor y Mat en el interior de la caja.

Charles miraba al exterior, observando cómo la lucha se volvía a iniciar en los muros. Parecía que el ataque extre iba a ser definitivo aquella vez. Algunos hombres descubrieron la huida de los jefes y abandonaron las defensas corriendo hacia ellos.

Para suerte de los fugitivos no todo el mundo se percató de la huida. Sólo unos pocos corrieron hacia el camión primero y luego hacia el túnel cuando éste arrancó.

Arno se asomó y disparó una corta ráfaga para contener a los que surgían de los edificios. Alcanzaron el túnel y el camión se detuvo con un espectacular chirrido de frenos. Arno saltó y corrió a un rincón, encendiendo un fósforo. Mat vio que encendía una mecha y regresaba precipitadamente hacia el vehículo.

Arno gritó que arrancase Cronwell y el camión, con los faros encendidos, reanudó su camino a través del túnel.

Aún podían ver la boca de entrada del túnel. Algunas figuras se dibujaban en la claridad. Se habían alejado un par de centenares de metros y el camino a través de la montaña se desviaba a la derecha. Entonces se produjo la explosión.

El vehículo pareció botar en el suelo. Arno resopló y dijo como si quisiera excusarse.

—Ya no podrán alcanzamos. Ni tampoco los extres cuando se apoderen del fuerte.

—Debí haber adivinado que esto terminaría así —masculló el profesor, escupiendo—. Merecen ustedes que me niegue a pilotar la nave.

Arno se encogió de hombros.

—No lo hará.

—¿Por qué está tan seguro?

—Por los jóvenes. No permitirá que se queden aquí.

El profesor abatió la cabeza. Aprovechó que Arno se adelantó hasta cerca de la cabina para ver el camino que alumbraban las luces del camión para indicar a Mat que se sentase junto a él.

—Toma, muchacho —le susurró al oído al tiempo que le ponía sobre las manos un delgado cilindro con unas perforaciones practicadas en uno de sus extremos—. Será mejor que lo conserves tú.

Mat reconoció aquello enseguida. Era el dispositivo que el profesor había descubierto hacía unas semanas y que mantuvo en secreto a los jefes. Servía, sencillamente, para poner en marcha la nave hacia las estrellas.

—Todo está programado para conducir la nave a Centauro. Incluso no tendrás que preocuparte en el aterrizaje. Sólo deberás rogar a Dios si el planeta no es apto para los humanos, si allí no existe colonia alguna con los descendientes de la primera expedición. Tal vez vivan allí y todo esté correcto, pero recuerda que el planeta es tan grande como la Tierra y he podido cometer algún error. He intentado que aterricéis cerca del lugar donde estaba proyectado que la colonia se estableciese, pero un mínimo error mío puede conduciros a cientos de kilómetros de ellos. Hallarás datos en la nave donde yo supongo pueden estar. Si nada de eso ocurriese, os deseo suerte. La vais a necesitar.

»Y ojalá de vosotros cuatro surja una nueva raza, mejor que la que hemos visto morir.

Mat hizo intención de devolver al profesor el cilindro, pero el profesor le obligó a guardarlo dentro de su traje.

—¿Por qué habla como si todo fuera a terminar para usted?

Dexter hizo un vago gesto y sonrió.

—Durante los próximos instantes todo puede suceder hijo. Ya has visto lo que está pasando. Esos hombres son como fieras que sólo piensan en salvar el pellejo. Además, nunca les he dicho que la nave únicamente puede transportar un máximo de seis personas si queremos que tenga plena garantía de llegar a su destino.

—Eso no puede ser. Usted nos dijo que transportó miles de crías extres…

—Sí, pero esas crías viajaron desde su remoto planeta en estado de animación suspendida. La producción de aire, agua y transformación de residuos sólo admite la presencia de un máximo de seis vidas en acción.

—Pero si usted sabía esto, ¿qué pensaba hacer si los jefes hubieran querido embarcarse con las docenas de personas que le dijeron que vendrían con nosotros hace semanas?

El profesor se encogió de hombros.

—Me temo que ninguno de nosotros está limpio de culpa, hijo. Yo me calle cuando descubrí la verdad acerca de la limitación de pasajeros.

Pero no te preocupes. Lo planeé todo para que vosotros cuatro os salvéis.

Mat estaba aturdido. Quiso poner el máximo de energía para decir:

—Usted vendrá con nosotros ó nadie saldrá de la Tierra.

—Eres un tonto si crees que con esta actitud vas a hacerme un favor. Únicamente me fastidiarás, estropeando todo el trabajo que he realizado por las noches, cuando vosotros dormíais. Pero te prometo que si es posible iré con vosotros.

El joven movió con pesimismo la cabeza.

—No será nada fácil —señaló a Arnold y a los que iban dentro de la cabina—. Están ellos. Y los hombres que vigilan las alturas. Creo que aún quedan seis o siete.

—De esos hombres no debes preocuparte —sonrió—. Y del resto que quede me ocuparé yo. Confía en mí.

Iba a protestar de nuevo Mat cuando el profesor le indicó que callase. Arno regresaba junto a ellos porque ya se veía la salida del túnel. El camión aminoró la velocidad. La ventanilla de la cabina se abrió y Soxmano asomando su cara roja, dijo:

—En seguida que nos detengamos nosotros nos iremos hacia la nave. Tú, Arno, ya sabes lo que tienes que hacer. Cronwell se quedará contigo.

Mat descubrió un destello de desconfianza en el rostro de Arno hacia su jefe, pero éste se limitó a asentir con un movimiento de cabeza y recargar la metralleta, quitando el seguro.

Cuando salieron a la explanada y los vigilantes les vieron, comenzaron a bajar de sus puestos de observación. Al parecer, estaban nerviosos por la espera.

—Tranquilos todos… —comentó Molnar—. No debemos darles la menor impresión de que… —se mordió los labios para callar, fastidiado por la presencia del profesor—. Vamos, a la nave, caminando despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo a nuestra disposición.

Arno quedó sobre el camión y Cronwell bajó, agitando los brazos en gestos indicativos a los hombres para que se dieran prisa.

—¿Están todos? —preguntó Arno acariciando el arma. Cronwell los contó mientras descendían por la ladera. —Creo que sí. Sí, están todos.

Los hombres corrieron hacia ellos cuando alcanzaron terreno firme. Si alguna vez habían sospechado algo, ahora avanzaban confiados, casi contentos de ver a los jefes allí y sus lugartenientes, que les esperaban con una sonrisa en los labios.

Pero cuando estaban a menos de diez metros del camión, la desesperación cundió entre ellos al ver cómo los dos hombres alzaban sus armas, les apuntaban y apretaban los gatillos.

Alguno quiso defenderse, aferrando sus fusiles automáticos; pero era tarde. Las balas ya llenaban sus cuerpos, obligándoles a danzar el mortal

baile de la muerte.

Todos eran hombres del fuerte y Arno estaba afectado por aquella matanza. Al saltar del camión tuvo que vomitar. Habían sido sus compañeros durante toda la vida, creciendo juntos en medio del peligro y luchando muchas veces codo a codo contra los extres. Por el contrario, Cronwell parecía incluso haber disfrutado ante aquella masacre.

—Vamos, subamos a la nave —dijo a Arno, golpeándole en la espalda suavemente y evitando pisar el terroso suelo ensuciado.

Arno se limpió la boca con la manga y tragó un resto de acidez que le revolvió de nuevo el maltrecho estómago. Pero se repuso y dijo:

—Sí, subamos. Es posible que esos cerdos pretendan dejarnos a nosotros también.

—No lo harán. Nos necesitan para dominar a los jóvenes. Ellos son demasiado viejos. Estoy deseando coger a ese estúpido de Mat Muriel, retorcerle el cuello y tirarlo al suelo desde lo alto de la entrada.

—Pues te encargarás también del otro —estalló Arno—. Yo estoy ya cansado de tantas muertes. ¿Pero es preciso que esos muchachos mueran también?

—Claro que sí. Las chicas serán suficientes para ayudar al profesor en la tarea de conducir la nave… y de entretenernos a nosotros en las largas noches.

—Este viaje será un infierno.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres —rió Cronwell—. Entonces sabrás lo que es el verdadero infierno. Los extres se encargarán de enseñártelo.

Arno calló, apretando el paso y siendo el primero en comenzar a subir las escaleras.

Capítulo IX

MAT abrió la puerta y suspiró aliviado al ver en el puente de mando a Sara, Irene y Charlye. Los tres rieron al verle regresar sano y salvo. Se fundieron en un abrazo mutuo.

Charlye fue el primero en percatarse. —¿Y el profesor? —preguntó.

—Está abajo.

—¿Qué hace? Su puesto está aquí.

—Vamos a partir enseguida. Quiero decir ya.

Y cerró la puerta metálica. Se puso frente a los mandos y manipuló en unas palancas. En seguida comenzaron a escucharse chasquidos. Se volvió y dijo:

—Todo está dispuesto. Sólo la puerta de entrada está abierta. El profesor se encargará de cerrarla. Sentaos, por favor.

—Pero antes deberás explicarnos… —empezó a decir Irene.

—¡No hay tiempo para explicaciones ahora! —gritó Mat crispando los puños. Sacó el cilindro y lo mostró—. El profesor me entregó esto y órdenes expresas. Por favor, confiad en mí. Yo estoy tan desesperado como vosotros, pero no tengo otra alternativa que hacer lo que el profesor me ha ordenado:

El muchacho y las dos chicas se sentaron lentamente.

Charlye junto a Mat y ellas en los asientos traseros.

—Está bien —dijo Charlye—. Lo que debas hacer, hazlo pronto.

—Descuida —replicó Mat, introduciendo el cilindro en el lugar adecuado del ordenador, aquel ordenador en el que el profesor pasó tantas horas para descubrir la complicada técnica extraña y adaptarlo a las necesidades de los humanos.

La nave comenzó a trepidar suavemente, pasaron unos segundos y todo pareció quedar quieto, silencioso. El leve rumor despertado cesó por completo.

Mat cerró los ojos. El, al igual que sus compañeros, sabían que habían despegado, que estaban dejando atrás la Tierra. El profesor les explicó muchas veces que no iban a tener un aparatoso despegue, al estilo de las primitivas naves terrestres. Sin darse cuenta apenas se encontrarían en pleno espacio, viajando a velocidad superior a la luz.

Pero el profesor les recomendó también que no debían moverse de sus asientos durante la primera hora. Si se tenía que producir algún fallo, éste delataría su presencia en los primeros minutos de navegación.

Además, Mat sabía que abajo, en el compartimento de entrada, ya todo había concluido.

* * *

Jadeante, Arno penetró en la estancia. Cronwell le seguía y ambos se detuvieron junto a la entrada. Allí estaban W. Soxman e Inre Molnar, escuchando al profesor.

—Todo está listo —dijo Cronwell.

—Ya lo escuchamos —replicó Molnar agriamente, molesto por la interrupción que había sufrido el profesor.

Cronwell miró por la estancia ávidamente.

—¿Dónde está Mat? ¿Y los demás?

—Preparándolo todo para el despegue —respondió el profesor.

—¿Cuándo será? —intervino Arno, apoyándose contra la pared cálida y resplandeciente. Aquel cuarto estaba desnudo. La puerta que conducía al pasillo que llevaba directamente a los habitáculos conectados con el puente de mando, estaba abierta. Aquello le tranquilizó.

Al cabo de tanto tiempo de incertidumbre, de tantas horas últimas de agitación, Arno comenzaba a tranquilizarse. Miró al profesor. Lo encontró más pálido de lo que era en él habitualmente. ¿Qué le encontraba además de extraño?

Se agitó y dijo nervioso: —Debemos irnos ya.

—Te veo muy mala cara —dijo Molnar.

Cronwell rió.

—Se indispuso un poco.

—El profesor nos estaba explicando que nosotros debemos alojamos en una habitación distinta —dijo Soxman—. El necesita a sus alumnos cerca.

—¿A los cuatro? —inquirió Cronwell—. No estoy de acuerdo. Nosotros desconocemos esta nave. Al menos dos deberán ocupar los asientos de dos de ellos. —Vamos, Cronwell —sonrió Molnar—. Ya estamos a bordo, a salvo. Nada nos puede pasar, ¿no? Es hora de confiar los unos en los otros.

—Insisto en que se haga así.

—Cronwell tiene razón —dijo Soxman—. Se hará así.

El profesor estaba junto a la puerta que conducía al interior, que comenzó a cerrarse lentamente hasta que se produjo un chasquido seco. Entonces él oprimió un resorte y la esclusa exterior quedó sellada.

Todos se movieron inquietos y Soxman se encaró con el profesor.

—¿Qué pasa aquí?

Por primera vez desde hacía mucho tiempo el profesor sonrió con toda amplitud. Se cruzó de brazos y explicó:

—Es hora de que se enteren, señores. Además, dispongo de poco tiempo, acaso unos segundos.

Cronwell le encañonó con su metralleta y Soxman se la apartó de un manotazo.

—Esta nave se pondrá en marcha en unos instantes —dijo el profesor suavemente, sin dejar de sonreír—. Nosotros sobramos arriba. Como ignoran la cuestión, les diré que apenas franqueemos la atmósfera de la Tierra, la esclusa volverá a abrirse y la basura que contiene esta estancia será arrojada al espacio. Como verán incluso la limpieza está prevista en el vuelo.

—Pero usted morirá…

—Claro. Yo moriré. Y ustedes también. Nuestras vidas a cambio de los dos muchachos a quienes pensaban eliminar más tarde o más temprano. Además, para que se tranquilicen, les diré que sólo un máximo de seis personas puede llevar la nave con plena garantía. Los demás son un estorbo.

Soxman gesticuló y se arrojó sobre la puerta interior.

—No se moleste. No podrá abrirla. El cierre es automático desde el puente de mandos. Yo me limité a cerrar la externa, que se abrirá cuando el cerebro electrónico detecte la presencia molesta de cinco cadáveres pegados al suelo a causa de la aceleración. Olvidaba decirles que esta estancia es la única que carece de piso antigravedad.

En el fondo, Cronwell aulló e iba a arrojarse contra el profesor cuando una vibración bajo sus pies le contuvo.

Sólo el profesor tuvo tiempo de decir:

—Señores, estamos partiendo. Buen viaje… al infierno.

* * *

Había pasado más de una hora cuando Mat se decidió a investigar en la estancia de entrada. La esclusa externa estaba cerrada y allí no había nadie. El suelo sólo mostraba unas manchas oscuras.

Subió al puente de mandos y su silencio ante los compañeros fue una información completa de la respuesta que esperaban quienes se quedaron aguardando una noticia satisfactoria.

Sólo cuando los cuerpos les reclamaron alimentos reaccionaron. Las chicas bajaron a la despensa por algunos alimentos. Había trabajo en el que entretenerse. Tardarían exactamente ciento ochenta y dos días en llegar a su destino.

—Me pregunto qué nos esperará allí —dijo Mat.

Charlye, aún muy afectado, se limitó a alzarse de hombros.

—Ya nos preocuparemos cuando lleguemos —dijo Irene entrando. En sus manos llevaba una caja con algunas vituallas, mientras que Sara sostenía dos botellas de agua extraída del depósito.

—Estaba pensando…

—¿Qué pensabas, cariño? —preguntó Irene.

Mat intentó animarse.

—Estaba pensando en eso desde hace tiempo, desde que el profesor me contó su teoría acerca del origen de los extres.

Los demás le miraron con interés. Mat chasqueó la lengua y dijo:

—Según el profesor, los extres están condenados a desaparecer de la Tierra cuando ellos consideren que no quede un solo ser humano sobre la superficie. Creo que sus amos les habrán grabado en sus mentes un margen suficiente para que no se equivoquen. Quiero decir que aún sobrevivirán unos años al último ser vivo humano. Entonces transcurrirá algún tiempo antes de que sus dueños se presenten para recoger el producto de su rapiña.

—Sigue —dijo Charlye entornando los ojos.

Los de Mat brillaron cuando dijo:

—Podemos volver. Y lo haremos si en Centauro la colonia es próspera.

Dejó la comida, se levantó y paseó por la sala. Cuando estuvo frente al visor, que encendió, añadió:

—Tenemos tiempo para pensar el mejor sistema de acabar con esas bestias si quedan algunas cuando regresemos. ¿Sabéis una cosa? Ya no me importa tanto no encontrar a nadie en Centauro. Somos jóvenes y de nosotros pueden nacer una nueva generación, y de ésta los suficientes hombres y mujeres para trabajar duramente y recibir a los sucios amos de los extres si éstos se deciden alguna vez a regresar a la Tierra.

Todos rieron y Charlye apostilló:

—Pero será mejor que nos estén esperando, ¿no? Mat asintió.

—Creo que sí —dijo.

Irene se acercó a él y Mat la tomó por la cintura.

Ambos se quedaron durante largo tiempo mirando las estrellas reflejadas en la pantalla. No podían ver la estrella que era su destino, pero la presentían en medio de aquella maravillosa e impresionante visión.

FIN